



ÉPOCA 3.^a—AÑO VIII.—TOMO VI.

NÚMERO 54.—Madrid 25 de Diciembre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 "

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica*, por D. D. Isern.—*Desahogos*, por Blas.—*Un acto y un discurso*, por D. Damián Isern.—*Los grabados*.—*El bien* (poesía), por D. José Selgas.—*Juicios humanos*, por D. R. Segade Campoamor.—*Imágenes de la Inmaculada Concepción*, por D. Fidel Fita.—*La princesa Isabel ó el regalo de Año nuevo*.—*Cubicación atmosférica de las habitaciones*, por D. A. Tortosa Vidal.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*El Niño Jesús dormido*, copia de Zurbarán.—*Gruta de la Natividad en Belén*.—*Palacio del conde D. Pedro Ansuarez en Valladolid*.

REVISTA

La apertura de las Cortes ha tenido esta vez una importancia excepcional por el estado verdaderamente anómalo del Gobierno, sometido al protectorado de una mayoría fusionista, que acepta á regañadientes su papel de heroico desprendimiento, con

la esperanza de que su sombra sea para la izquierda como la del célebre manzanillo, que mata á los que se guarecen en ella. ¿Quién puede referir en sus múltiples variedades todas las conferencias á que ha dado lugar la redacción del mensaje? El cual salió, como era de presumir, de parto tan laborioso, deforme y anémico, sin que haya complacido á nadie, por lo mismo que se proponía dar gusto á todos.

Abiertas las Cortes, en la votación de la mesa han comenzado á salir las bolas negras para el Gobierno, que si no ha sucumbido al desengaño ha sido porque es un Gobierno curado de espanto.

Con estos principios ya se puede calcular que la legislatura va á ser borrascosa, fecunda en crisis de todos géneros, semillero de graves discordias, y por fin de fiesta perturbadora para la Administración pública, por el afán de innovaciones que se ha apo-

derado de los hombres políticos, especie de pescadores á quienes convienen los ríos revueltos, sin reparar que tras las revueltas de los ríos, vienen las revueltas de los mares y con estas tempestades los naufragios de los intereses sociales, arrojados al agua á merced de los vientos de la revolución, que cobra el barato en el juego de las instituciones.

Elevando un poco la mira para contemplar estos hechos, se ocurre pensar en el trabajo que habrá de costar á los historiadores futuros investigar las causas de nuestros cambios políticos, cuyo *génesis*—hablemos á la moderna—se escapa á la vista de los testigos presenciales. Apenas hay un político que no haya figurado durante su vida pública en tres ó cuatro partidos diferentes, desde los más avanzados hasta los más conservadores, ayer moderado con Narváez, luego unionista con O'Donnell, un tiempo



EL NIÑO JESÚS DORMIDO.—COPIA DE ZURBARÁN.

Ayuntamiento de Madrid

dinástico, otro implacable enemigo de los Borbones, aquí republicano, allí monárquico, y de los términos medios, no hablemos, partidario de una docena de coaliciones y mixturas, en todas las cuales representó primeros papeles.

Los historiadores se devanarán los sesos y se quemarán las cejas revolviendo documentos para averiguar estas metamorfosis, asombrados de cambios tan radicales y continuos, que hacen de la historia política contemporánea un galimatías sin ejemplo, una olla de grillos y... acaso, acaso algún historiador se atreva a calificarla más duramente, despechado de no poder explicarse un período histórico, en el que han de sobrar las noticias, y escasear, hasta desvanecerse, la verdad de los hechos y los caracteres de los hombres.

Por si estas líneas alcanzan a las investigaciones de algún historiador futuro, vamos a darle un consejo: que no gaste el tiempo en tomar en serio, como ahora se dice, la vida política de nuestros estadistas; sino que la mire como acción dramática, cuyo desenlace será, a no dudarlo, la ruina de España.

Parodiando una frase de D. Quijote, podemos decir que ninguna comparación hay que más al vivo nos presente lo que son y lo que han de ser, como la comedia y los comediantes.

Aunque escribimos esta revista con bastantes días de anticipación, Madrid ofrece ya el aspecto de la Pascua de Navidad.

Todas las tiendas de comestibles, como si reboasaran con la abundancia de sus géneros, sacan a la calle sus cajas de frutas y de dulces, sus quesos y botellas, para que sean como barreras que detienen al pasajero diciéndole: «¡Alto, aquí estamos nosotros para excitar tu apetito; entra en la tienda y paga el pato!»

Y lo singular es que todo el mundo se queja de que los comestibles andan por las nubes, cuando es al contrario, andan por los suelos. La miseria de Madrid es un mito: aquí, según frase provinciana, se ata a los perros con longanizas y se les apedrea con chorizos. Claro está que el que quiera ser pobre puede serlo sin dificultad, pero la abundancia nos ahoga, y todos estamos expuestos a morir de plétora.

Se cuenta de un estudiante que examinándose de química hubo de explicar las propiedades y usos del agua, y cuando ya no tenía más que decir exclamó: «Según dicen, creo que algunos la beben.»

Al ver la abundancia de comestibles exquisitos que hoy inundan a Madrid; al ver las tiendas atestadas de géneros, las confiterías chorreando almíbar, las plazuelas obstruidas con montones de frutas, los cafés y las fondas abrasados con el calor de sus hornillas, cabe decir de la Corte: «Es un pueblo riquísimo, habitado por capitalistas, donde dicen que hay algunos pobres.»

Con la Pascua de Navidad se activa la vida de la buena sociedad madrileña. Los teatros redoblan sus funciones, y los salones aristocráticos se abren de par en par, ofreciendo a sus concurrentes los encantos de sus alegres festivales.

Hemos recibido varias invitaciones para otros tantos bailes ó reuniones concebidas, como ahora se estila, en estos términos: *D. Fulano y Doña Fulana se quedan en casa el día tal por la noche.* ¿Puede darse frase más necia, más insustancial, ni más denigrante para el hogar doméstico? ¿Conque es una excepción el que un matrimonio cristiano se quede en su casa un día a la semana? La cortesía moderna, a fuer de cursi, ha caído en una postración completa. Se juzga lo más fino lo que es más extravagante, se califica de distinguido lo que es más provocativo y desenvuelto, se desdennan las frases de la cortesía antigua y se reemplazan con otras mal traducidas del francés y exóticas en nuestras costumbres y tradiciones hidalgas.

Invitar a una reunión diciendo que los amos de la casa se quedan en ella, por lo mismo que es una frase convencional, nos parece el extremo de la estultez y de la ñoñería. ¿No ha encontrado términos más castizos, más discretos, ni más elegantes la cortesía moderna para expresar esa idea? Pues hay que convenir en que no descende de la que usaban los galanes de nuestro teatro clásico.

Pero la frase no es simplemente ñoña, tiene sus ribetes de inmoral, aunque no lo entiendan los mismos que la emplean. Prevenir a los amigos que uno se queda en casa, es tanto como afirmar que la costumbre ordinaria, como la de todo el mundo, es salir de ella; es ir a los teatros, a los casinos, a los bailes, a los varios centros de la vida pública y placentera, donde se disuelve, como un terrón de azúcar, en las aguas del mar, la santa, la dulce y apacible vida del hogar doméstico. ¿Qué persona de

distinción, de relaciones, de alta alcurnia se queda todos los días en su casa? Para quedarse en ella es preciso que acudan allí los amigos, que el hogar deje de ser hogar para convertirse en salón de baile y de fonda, que la monotonía, la soledad, la frialdad de la casa se interrumpan con los resplandores del lujo, con las carcajadas de la murmuración, con la animación del gran mundo, con el calor, en fin, de todas las sensualidades.

¿Exageramos? ¿No significa esto la frase? Pues a lo menos nadie nos negará que la cortesía española, la más noble y castiza de Europa, se ha vuelto tan ñoña, que no sabe inventar más que frases insustanciales y cursis.

Los rigores de la estación están ocasionando muchas víctimas, sobre todo en enfermos crónicos. Mencionemos entre ellas la de un ilustre Padre de la Compañía de Jesús, a quien los tenaces padecimientos del sistema nervioso tenían hace tres años reducido a la inacción, en una especie de agonía prolongada, que inspiraba continuos temores. El Rdo. P. D. Antonio Cabré, natural de Tarragona, donde nació el año de 1830, falleció el día 17 del corriente, a las diez y media de la noche.

«Fue hombre, dice un elegantísimo escritor, de erudición inmensa en la primera y mayor de todas las ciencias, la Sagrada Teología. Dominaba las ciencias naturales, y especialmente la Química, y las profesó con lucidez sin igual en León y en la Habana, donde fundó el Observatorio meteorológico y magnético, que ha prestado los mayores servicios a nuestra marina en estos últimos tiempos. La Arqueología y la Numismática le arrebatában sus bien aprovechados ocios, y las hizo servir a eficaz ilustración de interesantísimos puntos históricos.

«El P. Cabré fué además uno de los tres insignes compiladores é ilustradores de las *Cartas de San Ignacio*.

«Donde quiera que estuvo se granjeó la estimación y el respeto de cuantos le conocían; su atractivo y doctrina cautivaban a todos, y todos contemplaron en él un dechado admirable del verdadero sabio y de un perfecto religioso.»

La Compañía de Jesús está de doble pésame, pues no há muchos días que bajó también al sepulcro en Valencia el P. Llopart, joven aun, y uno de los hijos más sabios y celosos de San Ignacio en España.

Cuando uno ve estas muertes prematuras y la longevidad de algunos impíos, parece que asaltan al pensamiento las quejas que formuló el poeta cuando dijo:

¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace a tus leyes firme resistencia;
Y que el celo, que más la reverencia,
Gima a los pies de venedor injusto?

Con el mismo poeta podemos repetir:

Esto decía yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció y me dijo:
—¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

Casi en Pascua y con la solemnidad de una fiesta regocijada y amena se ha inaugurado la nueva cárcel de Madrid, que viene a reemplazar al antiguo y célebre Saladero.

La nueva cárcel, edificada conforme al sistema celular, ó sea de celdas, es un edificio inmenso donde pueden colocarse más de mil presos. Los frutos y adelantos de la civilización moderna no permiten reducir las cárceles, sino por el contrario, aumentarlás considerablemente, aplicándoles, como es natural, los nuevos medios de seguridad que el progreso ha inventado para garantizar la esclavitud de los delincuentes.

No vamos a discutir aquí las ventajas y los inconvenientes del sistema celular, importado de los países septentrionales y que acaso sea refractario a los pueblos del Mediodía, de más viva imaginación y de temperamento más nervioso y desasosegado; lo que nos cumple decir aquí es que la inauguración de una cárcel, por lo mismo que es más amplia y más perfeccionada, no nos parece ocasión a propósito para celebrar una fiesta, que supone regocijo y alegría en los concurrentes, y motivo adecuado en la índole de la inauguración.

La vista de la cárcel-modelo — así la llamamos, cuando es una copia — contrasta el ánimo, no sólo por ser cárcel, sino por las circunstancias de su sistema, copiado también de la disposición de los conventos. Tan digna de veneración y hasta de envidia como puede ser la celda de un monje, es repulsiva y odiosa la de un criminal; porque la soledad es para las almas santas un medio de asociarse a las alegrías del cielo, ocasión de engolfarse en los sublimes misterios de la ciencia divina, campo fecundo a la actividad de las inteligencias bien cultivadas; pero ¡la soledad de un criminal! ¡qué horrible si no está arrepentido! ¡qué dolorosa si lucha con el remordimiento! ¡qué mar de lágrimas si ha

logrado ver claro el estado de su conciencia y la gravedad de sus pecados!

A vista de una cárcel, con este sistema edificada, ¿quién puede regocijarse y celebrar la fiesta con dulces y brindis, como si se tratase de una casa de espectáculos?

Si el sistema es bueno, si ha de mejorar, en cuanto sea compatible con su pena, la situación de los presos, bien hecha está la cárcel y bien gastados los muchos millones que se han invertido en ella; pero esta satisfacción debe ser compasiva, grave, austera, y no regocijada y estrepitosa, como las gasta la buena sociedad de Madrid, que todo lo reduce a sustancia en su prurito de divertirse.

Por nuestra parte nos alegraríamos de que la nueva cárcel inaugurada permaneciese siempre olvidada y desierta.

Con cristiana alegría y con toda la sinceridad de nuestro corazón felicitamos las Pascuas a nuestros amigos, deseándoles feliz año nuevo y muchos felicisimos.

Obténgalos para sí LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, mediante el apoyo entusiasta de sus lectores, y que los vea, con la salud de que hoy goza,

NULEMA.

CRÓNICA

NINGÚN suceso de los que han ocurrido en estos últimos días, iguala en importancia a la visita hecha por el Príncipe Federico Guillermo de Alemania a la Santidad de León XIII en el palacio apostólico del Vaticano.

Aun ignorándose, como en realidad se ignoran, los pormenores todos de este gran hecho, se ven precisados a convenir los hombres públicos de todos los partidos y la prensa de todas las opiniones en que, desde que empezó el *Kulturkampf*, no ha dado el poder civil de Prusia una prueba más clara que esta, de que desea de veras reconciliarse con la Santa Sede en el terreno de sus relaciones político-religiosas.

Las circunstancias que han precedido a esta visita, han contribuido no poco a darle esa merecida importancia que se ve el mundo político en la necesidad de reconocerle.

En primer lugar, se sabe que el Príncipe imperial de Alemania ha ido a Roma casi única y exclusivamente para ver al Papa, pues si hubiera tratado de visitar sólo al Rey Humberto de Saboya, hubiera podido hacerlo en cualquiera otra ciudad de aquella península, a lo cual éste se hubiera avenido con tal de evitar de este modo aquella entrevista.

Además, teniendo perfectamente en cuenta el Príncipe imperial las condiciones en que se encuentra el Quirinal, respecto de la Iglesia, ha recibido en el palacio de la legación alemana, cerca de la Santa Sede, la visita del Emmo. Sr. Cardenal Jacobini, secretario de Estado de Su Santidad, y de esta legación ha salido para ir al Vaticano a conferenciar con León XIII.

Nadie sabe hasta ahora de qué se ha hablado, qué ha sucedido en esta entrevista entre el Príncipe heredero del Soberano más poderoso del mundo y el Vicario de Jesucristo en la tierra. Las agencias telegráficas europeas dicen sólo que la entrevista ha sido cordialísima.

No cuesta trabajo creerlo.

La familia imperial de Alemania, que aun siendo fervorosamente luterana no ha dejado de protestar más ó menos pasivamente, pero al fin de protestar, contra las leyes de Mayo opresoras de las conciencias católicas en Prusia; que al iniciarse la reacción contra estas leyes la ha apoyado enérgicamente, y que en diversas ocasiones ha dado pruebas de su deseo de restablecer la paz religiosa en sus Estados, y la Santidad de León XIII, cuya política es eminentemente pacificadora, coinciden en la manera de ver muchas cuestiones, de las que son objeto de negociaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Gabinete de Berlín, para que esta entrevista no debiera ser, como sin duda ha sido, cordialísima.

No hay que olvidar un lado grandemente instructivo de esta entrevista. En medio del aislamiento y de la debilidad en que la revolución italiana suponía y quería colocar a la Santa Sede, ha de admirar a los hombres de gobierno del Quirinal, no sólo que el cuerpo diplomático acreditado en el Vaticano aumente progresivamente por momentos, sino que el heredero de la corona real de Prusia é imperial de Alemania incline respetuosamente su cabeza ante el prisionero de la unidad italiana.

De este modo se complace la sabiduría de Dios

en confundir y anonadar la sabiduría de los hombres que en sus cálculos sobre futuros contingentes raras veces ó nunca tienen en cuenta la acción de la Providencia en el mundo.

..

En el antiguo y apostólico reino de Hungría, entregado desde hace años al poder del protestante Sr. Tisza, ha estallado un conflicto parlamentario de primera importancia, originado por la oposición de los católicos de la Cámara de los Señores al proyecto de ley, aprobado ya por la Cámara de Diputados, sobre el matrimonio de cristianos y judíos.

Todos los Prelados y magnates católicos que tienen asiento en la Cámara de los Señores, acudieron presurosos al puesto que el honor y el deber les señalaban en aquel combate.

El Gobierno no se descuidó tampoco en tan grave situación, y apeló á todos los recursos de que puede disponer un poder constituido y legítimo para aumentar en aquel elevado Cuerpo el contingente de las fuerzas amigas.

El combate fué largo y encarnizado. Los eminentísimos señores Cardenales de Hungría llevaron el peso de la contienda por parte de los católicos. Por parte de los liberales hizo uso de la palabra el famoso Sr. Conde de Andrassy, sucesor del señor Conde de Beust en la Cancillería del Imperio austro-húngaro, cuando este Imperio navegaba en otras aguas que navega ahora.

Se empezó la votación y los ánimos quedaron como en suspenso. Las fuerzas de la derecha y de la izquierda parecían estar equilibradas. Al fin se proclamó el escrutinio, y resultó que la derecha católica había triunfado de la izquierda liberal por seis votos de mayoría. Habían votado contra el proyecto de ley del Gobierno 109 católicos, y en pro 103 liberales.

Al verse frustrado en sus propósitos el Sr. Tisza, ha amenazado al cielo y á la tierra, y ha acudido á la Cámara de Diputados, donde cuenta con gran mayoría de votos, para organizar una enérgica resistencia contra la resolución adoptada por la otra Cámara.

En realidad, como ha dicho el Emmo. Sr. Cardenal Simor, esta conducta sólo conducirá á perpetuar el conflicto, porque la mayoría de la Cámara de los Señores está dispuesta á no transigir en el punto que se discute, por más que vocee y se irrite el señor Tisza.

Hé aquí á qué conduce casi siempre á los espíritus secularizadores el afán de reñir batallas en materias religiosas: á provocar y organizar conflictos que agitan los Estados y que tarde ó temprano producen funestas consecuencias, lo mismo para el Gobierno que para los pueblos.

..

Al lado de los motivos de alegría que ha tenido León XIII con la visita del Príncipe imperial de Alemania y con la victoria alcanzada por los católicos en el Parlamento húngaro, se han dado motivos de profunda tristeza, para que nunca falte en la vida la ley de los contrastes á que siempre andan sujetas las cosas y las instituciones humanas.

Y estos disgustos se los ha dado quien en otros tiempos fué hijo predilecto de la Santa Sede, quien mereció de la Santidad de Pío IX las mayores y más singulares muestras de aprecio, y ha sido tratado por León XIII, aun en sus constantes extravíos de estos últimos años, con paternal benevolencia y aun con cariño.

La Compañía de Jesús hubo de conocer, hace tiempo, que el autor de estos disgustos había penetrado en senderos de perdición y de ruina, y lo arrojó de su seno, como el mar arroja del suyo los cadáveres de los naufragos.

Pero todo esto no ha sido de provecho alguno para atraer al ex-padre Curci á más racionales caminos. Resuelto á llegar al fin de la senda emprendida, si se detiene un momento ante las decisiones de la Iglesia, si afecta inclinar su cabeza, es sólo para cobrar nuevo aliento, y andar luego con mas resolución y bríos.

A sus anteriores folletos hay que añadir uno nuevo que acaba de publicar en Florencia y en el cual llama al poder temporal del Papa «la polilla de la Iglesia católica,» y á la Sagrada Congregación del Índice «foco de mundanas pasiones é instrumento seguro del infierno.»

Puede esperarse que el nuevo folleto del ex-padre Curci será condenado por la Iglesia, como lo han sido los anteriores. Aun puede añadirse que el autor, esta vez como las anteriores, se humillará, al menos en apariencia, ante este fallo indiscutible. Pero ¿qué importa que el autor se sujete al fallo soberano, si no reza esto con los editores, que siguen vendiendo el folleto, como si no hubiese sido condenado, y si

al poco tiempo escribe y publica una nueva obra más atrevida y heterodoxa que la anterior?

Porque no cabe dudarlo: el último folleto del ex-padre Curci es, respecto de los anteriores, lo que ciento es á veinte.

..

Mientras así combate el ex-padre Curci el poder temporal del Papa, los hechos están probando la insuficiencia, la inutilidad de la famosa ley llamada de las garantías para garantizar á la Santa Sede la libertad é independencia que le son necesarias para el gobierno de la Iglesia de Jesucristo.

No se trate para nada de los brutales insultos que dirigen á León XIII los periódicos revolucionarios de la misma Roma, sin que las autoridades del Quirinal lo impidan.

No se recuerde que últimamente se han abierto en los nuevos barrios romanos multitud de escuelas protestantes, abundantemente subvencionadas por las sociedades de propaganda de Inglaterra, para arrancar los corazones de la juventud romana á la Santa Sede.

No se citen las injurias que diariamente dirigen á la Iglesia y al Pontífice los oradores francamente revolucionarios, que hablan continuamente en Roma al pueblo, sin que el Gobierno del Quirinal trate de impedir aquellas injurias, ni menos de poner límite á esta propaganda.

Recuérdese sólo que una á una van desapareciendo á manos de los Gobiernos de los monarcas de la casa de Saboya no sólo las instituciones religiosas de carácter interior de Italia, sino también las que revisten carácter internacional, como sucede á la Propaganda Fide, cuyos bienes van á ser desamortizados en virtud de una sentencia de los tribunales ordinarios que va á confirmar en breve, según todas las noticias, el Tribunal Supremo de Roma.

Hé aquí, ahora, otra prueba de cómo cumple Italia la ley de las llamadas garantías. Polonia ha regalado al Papa un gran cuadro representando á Sobieski cuando libertó á Viena. León XIII, para recibir este cuadro, ha tenido que pagar 4.000 reales de derechos de Aduanas, á pesar de que la citada ley le exime del pago de estos derechos.

..

Por supuesto, Italia, lo mismo que Francia, sufre las consecuencias de la política anticristiana que le han impuesto sus gobernantes.

Mientras las sociedades secretas organizan huelgas en Francia, y arman el brazo de los obreros contra los capitalistas, en las Romanías se reúnen en Asamblea los socialistas y comunistas de Italia y proclaman, no ya sólo los principios más radicales en los órdenes sociales y políticos, sino la acción de todos los partidarios de sus ideas en Italia para la realización de su programa.

Mientras los republicanos de París comprometen á su patria en expediciones tan lejanas, costosas y de resultados tan problemáticos como la del Tonkín, y de aventura en aventura, y de despotismo en despotismo, la conducen al borde del descrédito, de la bancarrota y de la anarquía; en Nápoles se reúnen los jefes del radicalismo italiano y afirman con gran solemnidad su separación de la casa de Saboya, y la necesidad en que están de trabajar por la destrucción de la monarquía y su reemplazo por la república.

La casa de Saboya se hizo instrumento de la revolución en Italia, y olvidó que la revolución no sólo destruye á sus hijos, sino también á todos los que se prestan á ser sus instrumentos en el mundo.

La casa de Saboya pagará con la ruina su conducta con la Iglesia y con los soberanos legítimos de Italia.

Estos, quizás pueden recobrar sus tronos algún día. La casa de Saboya caerá para no levantarse nunca.

DESAHOGOS



Me parece que no cometo una grave ofensa hacia nuestro país, si digo en público y en letras de molde lo que de él decimos todos en privado y en frases habladas.

Mas por si acaso ofensa pareciera, como que me he propuesto no quedarme con ella en el cuerpo, pediré previamente la absolución de mi pecado nacional y le cometeré formulándole en las menos palabras posibles:

« España es el país de los holgazanes. »

Y al decir España, me refiero principalmente á la que pudiéramos llamar *la España oficial*, la parte de los españoles que trabaja, estudia, enseña, legisla, sirve al Estado, en una palabra, vive de su actividad individual.

Las excepciones son muchas y muy honrosas, pero no hacen más que confirmar la regla general.

Así vemos que se llama *laborioso* al que trabaja con constancia en su oficio ó profesión; como si hiciera algo más que cumplir pura y simplemente un deber moral.

Así decimos que es *aplicado* el estudiante que asiste con puntualidad á las clases y pasa tres ó cuatro horas diarias en comunicación con los libros de texto; como si todos los estudiantes no tuvieran la obligación de hacerlo.

Así llamamos *celoso* y *activo* al funcionario público que desempeña con exactitud su cargo; como si el Estado no le remunerase para ser activo y celoso del cumplimiento de sus deberes.

Así citamos como *benemérito de la patria* al general que da una batalla, aunque no la gane; como si los generales se hubiesen hecho para pronunciarse pacíficamente contra el orden de cosas establecido.

Así calificamos de *incansable* á un ministro de la Corona que asiste todos los días á su despacho y trabaja con el subsecretario y con los directores en los asuntos de su departamento; como si todos los ministros no lo fuesen para administrar y gobernar el país.

Así se dice que ha sido *aprovechada* una legislatura en la que se han votado cuatro leyes de utilidad práctica para la nación, á vueltas de cuatro mil discusiones de verdadera esterilidad teórica y práctica; como si los diputados sólo lo fueran para pronunciar discursos kilométricos y lanzarse recriminaciones kilométricas.

Así, en fin, temo que algún amigo indiscreto me aplique el calificativo de *fecundo*, porque cumplo, como Dios me da á entender, la obligación que se me ha impuesto de emborronar quince ó veinte cuartillas cada década, para mortificación y tormento de los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA; como si yo hiciese algo de más con no hacer algo de menos.

Quedamos, pues, en que España es una nación eminentemente holgazana, y si ustedes se escandalizan de la frase lo diré en términos algo más cultos: refractaria al trabajo.

Esta disposición ingénita á dar todo el mayor descanso posible á la inteligencia y al cuerpo, hace que nos aprovechemos (ya ven ustedes que me incluyo en el número de los holgazanes) de cualquier coyuntura para ejercitar nuestras especiales aptitudes.

No nos bastan para el natural é higiénico descanso las fiestas religiosas, ó *fiestas de guardar*, como nos enseñaron á llamarlas nuestros padres, sino que hemos ideado otras fiestas (que, en contraposición á las de la Iglesia, deberían llamarse *de derrochar*) que, á la par que nos eximen del trabajo, nos relevan de cumplir los preceptos religiosos. A esta clase de fiestas llamaban los cristianos viejos de mi tiempo «fiestas de Mahoma, en que ni se trabaja ni se oye misa.»

El Carnaval pertenece á este número, y las *fiestas nacionales* son *ejusdem furfuris*.

Siguen otras fiestas que, teniendo por origen el sentimiento religioso y habiendo sido instituidas para celebrar los misterios y las glorias de la religión cristiana, no solamente los hemos desnaturalizado, convirtiéndolas en groseras manifestaciones de todo género de apetitos materiales, sino que las hemos ido estirando y adicionando, para acomodarlos á las dimensiones de nuestra holgazanería, que es incommensurable.

Las fiestas de Navidad corresponden á esta categoría. Para los católicos podrían ser de tres días á lo sumo: para los españoles son de seis, ocho ó diez. Y si á la condición de españoles, se agrega la de estudiantes, por ejemplo, pueden durar las fiestas desde el 20 ó 21 de Diciembre hasta el 7 de Enero.

Santificar las fiestas es un precepto del Decálogo, y dejaría yo de ser cristiano viejo, amén de viejo cristiano, si tratara de oponerme á la observancia de ese mandamiento de la ley de Dios.

Pero, vamos á cuentas, señores míos, ¿cómo santificamos esas fiestas los que nos llamamos católicos á boca llena?

Ya lo he dicho sin querer: á *boca llena*, es decir, con comilonas, banquetes, jolgorios é intemperancias de todos calibres.

De las veinticuatro horas del día dedicamos quince ó veinte minutos á la Misa y á la oración, escogiendo para ello la hora más cómoda y que menos nos perturbe en nuestros placeres y distracciones, y el resto á *celebrar la fiesta* del modo que mejor se acomode á nuestras circunstancias y á nuestros medios de fortuna.

La Pascua de Navidad entre nosotros, más que fiesta religiosa, es una fiesta gastronómica.

No parece sino que al recordar el Nacimiento del Hijo de Dios, queremos poner en parangón su

pobreza con nuestro sibirismo, su humildad con nuestra soberbia, su sobriedad con nuestra gula.

Al ver desfilar por esas calles pelotones inmensos de gente cargada de pavos, capones, corderos, mazapanes, frutas, besugos, turrónes y toda clase de productos comestibles y bebestibles, sólo se me ocurre esta idea: «el género humano no piensa más que en comer.»

Por otra parte, al ver nuevas turbas de gente de todas edades y sexos, transitar muy de prisa por la vía pública, llevando en la mano paquetes de tarjetas ó de hojas de papel impreso, de todos colores, asaltar las habitaciones ó acometer á los transeúntes en demanda de *aguinaldos*, me digo: «la humanidad no piensa más que en pedir.»

Y al abarcar en una sola ojeada y refundir en una sola colectividad á los primeros y á los segundos, no puedo menos de exclamar: «España es el país de los glotonos y de los pordioseros, además de ser el país de los holgazanes.»

Por eso no es extraño que se esperen con ansiedad las fiestas, sobre todo, aquellas en que se realizan los tres ideales de *holgar, comer y pedir*, como las fiestas de Navidad.

No es esto decir que nuestras aptitudes holgazanas, gastronómicas y pedigüeñas sólo se desenvuelvan en tales días, sino que en ellos se aplican con más amplitud y con más provecho.

Yo me río cuando oigo decir á personas formales que ciertas costumbres, abusivas á juicio de todo el mundo, no pueden suprimirse en razón á su carácter tradicional; y en esta categoría colocan los *aguinaldos*, es decir, el derecho que se concede á una infinidad de individuos que tienen un oficio, una ocupación ó un modo de vivir determinado, para pedir limosna decorosamente.

Nuestra Administración, que se las echa de equitativa é inteligente, tiene una lógica singular para estos casos. Todo es cuestión de fórmula. Al que implora la caridad pública, al verdadero mendigo, al que pide dos céntimos en la calle diciendo: *¡una limosna por amor de Dios!*, le detiene un agente de la autoridad y le conduce á la prevención. Al que, necesitando menos que el mendigo, pide dos reales ó una peseta, con esta salutación: «*Felicitó á V. las Pascuas*,» se le tolera y, si es preciso, se le facilita el medio de alcanzar lo que pide. Lo dicho, cuestión de forma.

Convengamos en que la costumbre de pedir *aguinaldos* á todo el mundo y por todo el mundo, es una costumbre poco digna de un pueblo culto, y que va haciéndose insoportable por lo mucho que se ha generalizado.

No puede darse un paso por ninguna parte, en los días que median desde el 23 de Diciembre al 8 de Enero inclusive, sin tropezar con uno de estos pordioseros felicitantes. No se pasan cinco minutos sin que la campanilla de la casa anuncie al inquilino una de estas visitas pedigüeñas.

A la puerta de la iglesia, al entrar en los teatros, al sentarse en la butaca, al subir á la peluquería, al preguntar á un portero dónde vive D. Fulano, al entrar en cualquier oficina por segunda vez, al tomar un coche de punto, al pedir en el café un vaso de naranja, al andar, al parar, al mirar, al respirar, la fatídica tarjeta de felicitación le sale á uno al encuentro, y no hay forma de librarse del asedio...

No sé si porque este año me ha cogido de peor humor que los anteriores, ó porque realmente el día de hoy ha sido de campanillazos no interrumpidos á mi puerta en demanda de *aguinaldos*, lo cierto es que no puedo compaginar una idea ni emitir un concepto que no se resienta del estado atrabiliario de mi espíritu.

Más vale dejarlo, y dirigiéndome con toda humildad á mis tolerantes lectores, saludarles con la consabida fórmula:

Deseo á ustedes felices Pascuas.

BLAS.

UN ACTO Y UN DISCURSO



OLEMNE ha sido este año, á no dudarlo, la sesión de apertura de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Presidía el jefe del Estado; ocupaba lugar preeminente un príncipe extranjero cubierto de laureles en los campos de batalla, y á su alrededor se sentaban eminencias de los partidos políticos. Un público tan numeroso como escogido llenaba las principales habitaciones de la Academia. Se realizaba un acto, y en este acto iba á leer un discurso sobre los delitos de la palabra el Sr. Romero Robledo, presidente de la Corporación y miembro distinguido é influyente del partido conservador-liberal. ¿Pueden darse circunstancias que revistan de mayor gravedad é importancia las doctrinas expuestas, las tesis

sustentadas por el antiguo ministro de la Gobernación del Sr. Cánovas del Castillo? No con espíritu de parcialidad, sino con espíritu de completa justicia, puesta la mira en las bases fundamentales del orden social, formularemos brevemente nuestro juicio sobre las indicadas doctrinas y tesis inconciliables, á nuestro modo de ver, con los principios de la filosofía cristiana.

Llama en primer lugar la atención, en el discurso del Sr. Romero Robledo, el cuidado con que se habla siempre del Estado en sí mismo, del Estado que vive más desinteresado que nunca del sentimiento religioso; del Estado en su moderna tendencia á su secularización. De las declaraciones é indicaciones del orador se desprende que no sólo acepta la hipótesis moderna, sino que no se halla dispuesto á luchar para la restauración de la tesis cristiana, por más que reconozca que «el eclipse ó el abandono de los intereses morales es seguido, sin solución de continuidad, por el rugido de la anarquía y por el desplome y ruina de los intereses materiales y de todo el orden social.» Si esto sucede con el abandono absoluto de los intereses morales, abandono que conduce á la secularización del Estado, es evidente que un abandono limitado de estos intereses producirá también males limitados, que no por ser limitados dejarán de ser de considerable trascendencia para todo el organismo social. Si esta verdad no hubiese sido demostrada *à priori*, ¿no resultaría evidente por la luz que sobre ella derrama la historia de los pueblos modernos entregados á perpetuas agitaciones y revoluciones, desde el momento que el Estado empezó á mirar como de la competencia individual cuanto á la religión se refiere?

No tenemos interés ninguno en recordar al señor Romero Robledo ciertos hechos. Pero ¿cree, por ventura, dicho señor, que si ciertos partidos se hubieran limitado en sus reformas al orden meramente político, si no hubiesen perseguido á la Iglesia, si no hubiesen hecho sufrir eclipses á los intereses morales ó no hubiesen abandonado alguno de estos supremos intereses, hubiera rugido sobre la patria el huracán de la anarquía, se hubiera desplomado un trono secular, hubieran perecido respetables intereses materiales, y estaría perpetuamente comprometido, cuando no turbado, el orden social?

Verdad es que esta tendencia á considerar al Estado en sí mismo, que se manifiesta en las primeras páginas del discurso del Sr. Romero Robledo, está en armonía con el espíritu que informa toda la obra. En realidad empieza á manifestarse este espíritu cuando se afirma en las primeras páginas, «que el fin social consiste en garantizar á todos y á cada uno de los asociados el respeto á la vida y al libre ejercicio de las propias facultades,» y se presenta con ruda franqueza en las últimas páginas, cuando se declara que «la palabra grabada por la imprenta, molde y forma del pensamiento mismo, es sagrada é inviolable como el pensamiento que contiene, mientras recorre el mundo ilimitado de la especulación,» y se deduce de esto que debe reconocerse «la absoluta inviolabilidad del pensamiento en el libro, en la Academia, en la revista científica y en el periódico no político; en todas aquellas formas y por todos aquellos medios que tienden á perpetuarlo» y á difundirlo, á facilitar la lucha de la inteligencia replegándose sobre sí misma, en sus propios orígenes, ó para indagar las causas de los fenómenos sensibles, y de allí alzarse á la contemplación de «sus altos y misteriosos destinos.»

No somos ciertamente enemigos de las luchas de la inteligencia, ni desconocemos que por estas luchas se han realizado verdaderos progresos. Pero así y todo, y aun interpretando lo más benévolamente posible algunas frases del discurso, tales como que «la libertad de conciencia es universal conquista de nuestros días;» que «la conciencia ha recobrado el derecho á juzgar sus propias creencias;» que «la imparcialidad del poder público entre diversas profesiones de fe le lleva, no al abandono de ninguna, sino al amparo de todas, calificando como delitos de la palabra aquellos que insultan el culto y el ejercicio de cualquiera de las religiones toleradas,» antojásenos y nos confirman en ello otras cláusulas del discurso, que el Sr. Romero Robledo al establecer la absoluta inviolabilidad del pensamiento en el libro, en la Academia, en la revista científica y en el periódico no político, ha ido más lejos de lo que se había propuesto, porque es imposible, queremos creerlo así, que para dicho señor no haya algo en el orden religioso, en el filosófico, en el político, que esté por encima del pensamiento humano.

Nótese, en primer término, que tiene la sociedad un fin más elevado que el que le señala el Sr. Romero Robledo. Siendo la sociedad la conspiración de muchos para el común logro de un bien querido y perseguido de todos, el fin de la sociedad no

puede ser diverso que el de los individuos, y los individuos han sido creados para algo superior al respeto de la vida y del ejercicio de las propias facultades. En segundo término, no es exacto que el pensamiento sea absolutamente inviolable; es inviolable para las potestades de la tierra, mientras permanece encerrado en sí mismo; pero jamás es inviolable para Dios. Afirmer la inviolabilidad absoluta del pensamiento, es negar las relaciones de dependencia del hombre para con Dios, es negar á Dios. Como se ve, hemos dicho con verdad que el Sr. Romero Robledo ha ido esta vez más lejos de lo que se había propuesto.

Establece el orador una diferencia entre la culpabilidad del pensamiento cuando éste se mueve en el orden puramente especulativo, y cuando en el orden práctico, y de esta diferencia parte para castigar en el periódico político lo que absuelve en el libro, en la Academia, en la revista científica, en el periódico no político. Observemos cómo esta diferencia es puramente arbitraria. ¿En qué consiste y en qué se diferencia el orden especulativo del práctico? En aquél se dilucidan cuestiones abstractas; en éste cuestiones concretas. Aquél se diferencia de éste como lo general se diferencia de lo particular. Resulta de esto, que es infinitamente más grave y trascendental para el orden de la sociedad la publicación de una teoría contraria á este orden, que todas las aplicaciones que haga de esta teoría el periodista en sus escritos. En realidad, todas estas aplicaciones y otras más que puedan hacerse, están contenidas virtualmente en aquellas, y por lo tanto si el periodista debe ser castigado, doblemente debe serlo el publicista ó el filósofo. Esto es tan elemental, que no acertamos á comprender cómo pueda haberlo olvidado ó desconocido el Sr. Romero Robledo.

En lo que dice el orador sobre la libertad de las conciencias y la imparcialidad del poder público ante «las religiones toleradas,» se manifiesta bien claramente el falso concepto que profesa de la libertad de los fueros de la conciencia y del deber del Estado para con la verdad religiosa. Para el Sr. Romero Robledo, según los textos transcritos, el individuo tiene el derecho de abrazar indistintamente la verdad y el error, y de este derecho del individuo se deriva el deber del Estado de respetar, de tolerar, para repetir las palabras del autor, diversas religiones. Adviértase que de este deber deducen los radicales otro deber: el de no tener religión alguna, de ser ateo. ¿Pero es exacto, por ventura, que el individuo tenga el derecho de abrazar indistintamente la verdad y el error? El hombre no tiene ni puede tener más derechos, como ser contingente que es, que los que le concede Dios, y Dios sólo le ha concedido los derechos de que necesita para alcanzar el fin para que fué creado. No sólo no se da entre estos derechos el de abrazar el error, sino que por la Revelación se otorgaron á los hombres los medios de vivir constantemente adheridos á la verdad y de huir del error, fuente de perdición para los individuos como para los pueblos. Proclamar este derecho al error es, ó negar la contingencia del hombre ó la Revelación y la constitución divina de la Iglesia.

Respecto de la cuestión concreta que el orador ha tratado de dilucidar en su discurso, poco hemos de decir. Creemos, por ejemplo, que el hombre, cuando habla y escribe, puede cometer, y de hecho comete, delitos, y que en perfecta justicia, al perseguir un delito de imprenta, debe perseguirse en la persona de su autor y de sus cómplices, y el autor no es ni puede ser otro que el que ha redactado el escrito ó pronunciado el discurso en que el delito se comete. Respecto de la legislación de imprenta, no vemos la importancia de la cuestión sobre si debe promulgarse una ley especial ó debe fiarse todo al Código penal. Señalada y bien determinada la diversidad de naturaleza de los delitos de imprenta y la mayor culpabilidad de sus autores, mayor culpabilidad que hasta cierto punto reconoce el señor Romero Robledo, lo de menos es que se les castigue según una ley especial ó según el Código, y lo de más que esta ley ó este Código no sean deficientes para proteger el orden social contra los atentados de la prensa. Si estos delitos se castigan en el periodista, ¿por qué no se han de castigar en el Diputado á Cortes ó en el Senador? ¿En qué principio puede fundarse este privilegio? ¿Por qué se ha de procesar á un Diputado que cometa un homicidio y no al que atente contra el orden social en un discurso contra una ó varias de sus bases fundamentales? ¿Acaso el delito no es siempre tal?

Las consecuencias de esta excepción, admitida por el Sr. Romero Robledo, se han visto y se ven en la práctica. En el Parlamento se fraguan tempestades que luego estallan en las calles ó en los campos con sublevaciones populares ó con pronuncia

mientos. Gracias á esta excepción, cuando los Diputados son militares como lo es el Sr. Portuondo, se sirven de su investidura para escribir documentos como la carta que este señor ha escrito á su superior jerárquico el capitán general de Madrid, carta que encierra un enorme atentado contra la disciplina. Estos delitos, créalo el Sr. Romero Robledo, no pueden quedar impunes en ninguna sociedad bien gobernada.

DAMIÁN ISERN.

LOS GRABADOS

EL NIÑO JESÚS DORMIDO
Copia de Zurbarán

En nuestro rico museo del Prado, admiración, más que de propios, de extraños, figura, entre los 14 cuadros que guarda de Zurbarán, el *Niño Jesús dormido*, que reproduce nuestro grabado. Es un cuadro de 1 metro de ancho y 75 centímetros de alto.

El Niño Jesús descansa bellamente tendido sobre la Cruz y tiene al lado la corona de espinas. Una túnica ó manto carmesí cubre la parte inferior de su cuerpo. La composición no puede ser ni más sencilla, ni más conmovedora. El gran pintor de los claustros, verdadero asceta, como los que se gozaba en retratar en sus lienzos, aun en un asunto tan tierno y delicado debía estampar el sello de su austeridad y melancolía. Pinta al Niño Jesús; pero acompaña al inocente y divino Niño con los atributos dolorosos de su futura Pasión y Muerte, con la cruz de nuestros pecados y con la corona de espinas.

Es un cuadro bellísimo que recomendamos á los pintores modernos que, para causar efecto, apelan á medios violentos, queriendo buscar la belleza artística en lo extravagante, deslumbrador y estéticamente anárquico.

GRUTA DE LA NATIVIDAD EN BELÉN

La *Cueva de Belén*, mal llamada portal en Occidente, es un antiguo kau ó serie de cavernas, de esos que por su proximidad á las poblaciones utilizan en Oriente para albergue y estable á la vez de los pastores y viajeros pobres, que no tienen donde guarecerse. Con pequeñas modificaciones se conserva aún esta sagrada cueva como estaba hace 1883 años. Sin embargo, ó porque amenazaba ruina, ó para evitar que la destruyesen los peregrinos indiscretos que arrancaban piedras de sus paredes, desde tiempo inmemorial se encuentra totalmente revestida de láminas de mármoles oscuros, los cuales á su vez están cubiertos de tapices y colgaduras de seda. Tienen unos 12 metros de largo por 4 ó 5 de ancho, y de su bóveda, y ardiendo día y noche, penden 31 lámparas de plata, pertenecientes á los latinos, griegos y armenios. En el ábside oriental, en medio precisamente de las dos escaleras que ponen la santa cueva en comunicación con la basílica y la iglesia de Santa Catalina que hay encima, está el *lugar augusto en donde nació el Redentor del mundo*, marcado debajo del altar y sobre el pavimento con una estrella de plata, en cuyo centro se ve una piedra de jaspe azulado, que todos besan. Grabada en la estrella dicha, puede leerse la siguiente inscripción latina, sublime por su concisión comparada con la grandeza del hecho que refiere. *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est*. Constantemente arden 15 lámparas sobre el lugar sagrado, y, por desgracia, tan precioso altar está en poder de los griegos cismáticos. Mirando desde allí la cueva en toda su longitud, á mano izquierda, en una entrada y capilla más honda, se encuentra el *lugar que ocupó el Santo Pesebre*, existente hoy en Santa María la Mayor de Roma, y, enfrente, el *altar de los Magos*, que es donde celebran los sacerdotes católicos. En el extremo opuesto de la cueva, rincón de la derecha, hay en el pavimento un agujero, que marca el *lugar donde*, según tradición piadosa, *brotó una fuente* durante el tiempo que moró en aquel kau la Sagrada Familia. En el rincón de la izquierda hay una puertecilla (cuya llave guardan cuidadosamente los PP. Franciscanos) que conduce á las galerías y capillas subterráneas.

PALACIO DEL CONDE D. PEDRO ANSUREZ
EN VALLADOLID

Llábase á Valladolid generalmente la villa de D. Pedro Ansurez y de aquí han deducido algunos, sin bastante fundamento, que este célebre caballero fué el fundador de aquella ciudad. Valladolid es anterior á los tiempos de Alfonso VI, pero el conde Ansurez, á quien este rey protegió notablemente por su fidelidad durante las persecuciones de su hermano D. Sancho, la recibió "en honor," como premio de sus servicios, y la mejoró y embelleció de tal manera que bien puede pasar, sin grave injusticia, como el fundador de la célebre corte de Castilla.

Don Pedro y su esposa Doña Elo erigieron muchos y notables edificios, entre ellos la Catedral, Nuestra Señora de la Antigua y el magnífico puente sobre el Pisuerga, así como el palacio que habitaron, que estuvo en sus primeros tiempos situado extramuros de la ciudad, y que es hoy hospital con el nombre de Santa María de Esgueva, siendo uno de los monumentos más curiosos de Valladolid.

El conde Ansurez está enterrado en la Catedral y sobre su sepulcro hay grabados los siguientes versos, muy repetidos:

La vida de los pasados
Reprende á los presentes;
Ya tales somos tornados,
Que el mentar los enterrados
Es ultraje á los presentes.
Porque la fama del bueno
Lastima por donde vuela;
Al bueno con la espuela,
Y al perverso con el freno.

Si esto se decía en aquellos tiempos en que aun no había llegado la gloria de España al zenit de su grandeza, ¿qué podría decirse hoy en que toca ya por desgracia á los límites de su ocaso?

Volviendo al palacio del conde Ansurez se ve por la portada que sufrió muchas y muy trascendentes reformas, pues la portada de nuestro grabado está indicando tiempos muy posteriores á los del célebre magnate.

El gótico, recargado de ornatos, recuerda muy al vivo el siglo XV, en cuya época debió ser el palacio notablemente reformado.

EL BIEN

I

Siento una voz lastimera
que sale no sé de dónde,
soplo que de esta manera
á mis preguntas responde:

— ¿Existe el bien?
— Puede ser.
— ¿En la tierra?
— ¡Por qué no!
— ¿Para alcanzarlo?
— Querer.
— ¿Y dónde está?
— Búscalo.

II

Bájo los ojos pensando
que estas respuestas no entiendo.
Después sigo preguntando,
la voz sigue respondiendo:

— ¿Es la gloria?
— Vanidad.
— ¿Es la hermosura?
— Ilusión.
— ¿La juventud?
— Loca edad.
— ¿Los placeres?
— Humo son.

III

Nuevas sombras, nueva duda
encuentro en cada respuesta.
La voz permanece muda,
mas pregunto y me contesta:

— ¿Está en el poder?
— Jamás.
— ¿En la riqueza?
— ¡Qué horror!
— ¿En la ciencia?
— Loco estás.
— ¿En el amor?
— ¡En qué amor!

IV

El misterio de este asunto
oscuras sombras le presta.
Nuevamente yo pregunto,
de nuevo la voz contesta:

— No es riqueza, ni esplendor,
ni hermosura, ni poder,
ni ciencia, gloria, ni amor;
entonces, ¿qué puede ser?

— Tus pensamientos no van
por el camino del bien,
es luz que enciende tu afán
y que tus ojos no ven.

— Raro bien, pues que según
las respuestas que me das,
huye de mí, más aun
cuando yo lo busco más.

— Muy mal discurre así:
tu ceguedad es cruel,
no es él el que huye de ti,
eres tú quien huye de él.

— ¿Quién lo ha visto?
— Quien lo halló.
— ¿Quién lo oculta?
— Quien lo da.
— No existe el bien.
— Búscalo.
— ¿Pero dónde?
— Donde está.

V

Bien que existe y no se alcanza,
que lo busco y no lo veo,
es dogal de mi esperanza,
fatiga de mi deseo.

Si es mentira, ¿cómo existe?
Si es verdad, ¿por qué se esconde?
Vuelvo á preguntar, y triste
así la voz me responde:

— ¿Es un sueño?
— Es realidad.
— ¿Es el genio?
— Raro dón.
— ¿La fortuna?
— Ceguedad.
— ¿La razón?
— ¡Pobre razón!

VI

— Por lo que mis ojos ven,
en las respuestas que das,
bien triste cosa es un bien
que no se alcanza jamás.

Bajo la sombra pesada
de este pensamiento fijo
doblé la frente cansada,
y entonces la voz me dijo:

— Ciega con falso barniz
te pinta el bien tu inquietud:
sobre la tierra, ¡infeliz!
no hay más bien que la virtud.

José SELGAS.

JUICIOS HUMANOS

I

Uodos los días estamos viendo la facilidad y ligereza con que se habla y juzga sobre cuanto se ofrece á la investigación humana, por más grave y complicada que sea la materia de nuestros juicios.

Nada arredra al espíritu escrutador de nuestros días, para echarse por el camino de las suposiciones gratuitas y de las conclusiones más aventuradas.

La prensa, con sus columnas abiertas á todas horas; ávida de novedades y promovedora del escándalo, para causar ruido y crecer en importancia, es el campo siempre abierto y dispuesto á dar entrada á todo cuanto es capaz de inventar la maledicencia, hasta el absurdo.

Y las inteligencias procaces desfilen allí con fruición el veneno que corroe sus entrañas y alimenta su espíritu descontentadizo, atrabiliario y orgulloso.

Colocadas en la mayor altura de su amor propio desmedido, pagados de su talento, creyendo sus opiniones como las únicas que valen y forzados por su vanidad de críticos indispensables, allá van juicios sobre todo, aun lo más santo y respetable.

Algo más se necesita para juzgar y decidir sobre los hechos y las acciones humanas que cierta dosis de ingenio que da brillo y novedad á las palabras, la mayor parte de las veces vacías de sentido.

Y, sin embargo, en esto consiste todo el mérito é importancia de los argumentos que suelen emplearse en contra de las verdades de la fe: las razones no son más que frases de efecto; tómase cualquier hecho que parece hallarse á primera vista en oposición con las novedades científicas, y sobre él la vanidad del escritor despreocupado forma una novela, ó cosa así, que entre el vulgo de los sabios de relumbrón, es una verdad que no admite réplica, aun cuando ataque por su base á los principios que la Iglesia tiene como inconcusos.

El prudente aguardaría ver depurados los hechos, esclarecidas las razones y aclaradas las dudas por otros posteriores; pero el hombre superior y despreocupado, no tiene espera, y menos cuando no hay ni voluntad, ni disposición para creer lo que no es agradable al paladar racionalista ni al espíritu materializado.

¿Qué sabe el hombre lo que fué antes que él, ni lo que será después!

Profundo misterio encierra lo pasado y lo porvenir, para que la ciencia sola, sin ayuda de la fe, se lo aclare y descubra.

II

Arcanos insondables encierra el corazón humano; en esto convienen todos y á pesar de creerlo así, no hay recelo en formar y deducir juicios aventurados sobre cuanto puede impresionarnos y que acoge para su examen la malicia de los hombres desocupados y murmuradores de oficio.

Entonces ya no hay misterios; todo se ve claro, natural y lógico. Por más alta que sea la víctima que cae entre sus garras, y digna de respeto, y aun de veneración, no importa; el hecho, tal como lo cuentan, es escandaloso, criminal; y por más que no sea verosímil y no haya antecedentes que lo justifiquen, adelante con el propósito: el caso hace ruido, puede ser explotado en desprestigio de ciertas clases de la sociedad, pues corra y circule desde el artículo de fondo hasta la gaceta.

Y, todos lo leen y lo oyen, sin que el criterio de

la razón ni el sentimiento religioso sea capaz de contener á lo menos, la duda que á los principios se apodera del ánimo de la mayoría de las gentes que se precian de puros y reservados en sus juicios.

Nótase esto de un modo evidente, luego que la verdad se depura y sale á luz lo calumnioso del hecho y la falsedad y malicia de los inventores; y admírase uno de sí mismo al considerar cómo tan fácilmente dió entrada en su pensamiento á tamaños absurdos é infamantes suposiciones.

Trae la historia no pocos ejemplos de lo falible que son muchas veces los juicios humanos, y de ellos se desprende cuán prevenidos debemos de estar sobre el grado mayor ó menor de certeza que hemos de concederles.

Héroes proclamados por tales en este ó el otro siglo, descúbrense en los siglos posteriores y después de diligentes y sabias investigaciones, que no han sido más que hombres vulgares, llenos de pasiones y animados de un espíritu grosero y malévol, que

ni merecían que su nombre figurase en las páginas de la historia; en cambio hallanse algunos que por humildes pasaron, sin que fuesen notados de sus contemporáneos y son ahora venerados en el número de los santos y de los sabios á quienes la fama consagra la corona de la inmortalidad.

¡Cuántos á quienes se han dado honores divinos, no fueron más que miserables *fantoques* del vulgo impresionable!

III

Así andan las cosas en el mundo, sin que de ellas podamos deducir la certeza de los hechos, sin tomar antes grandes precauciones y someterlas á las prescripciones de la sana crítica, entre las cuales se cuenta el no dejarnos guiar por los juicios del momento y el sobreponernos á los efectos de la pasión.

Puede asegurarse que ésta entra por mucho en los falsos juicios que oímos á cada paso, con especialidad la pasión que lleva el nombre de envidia.

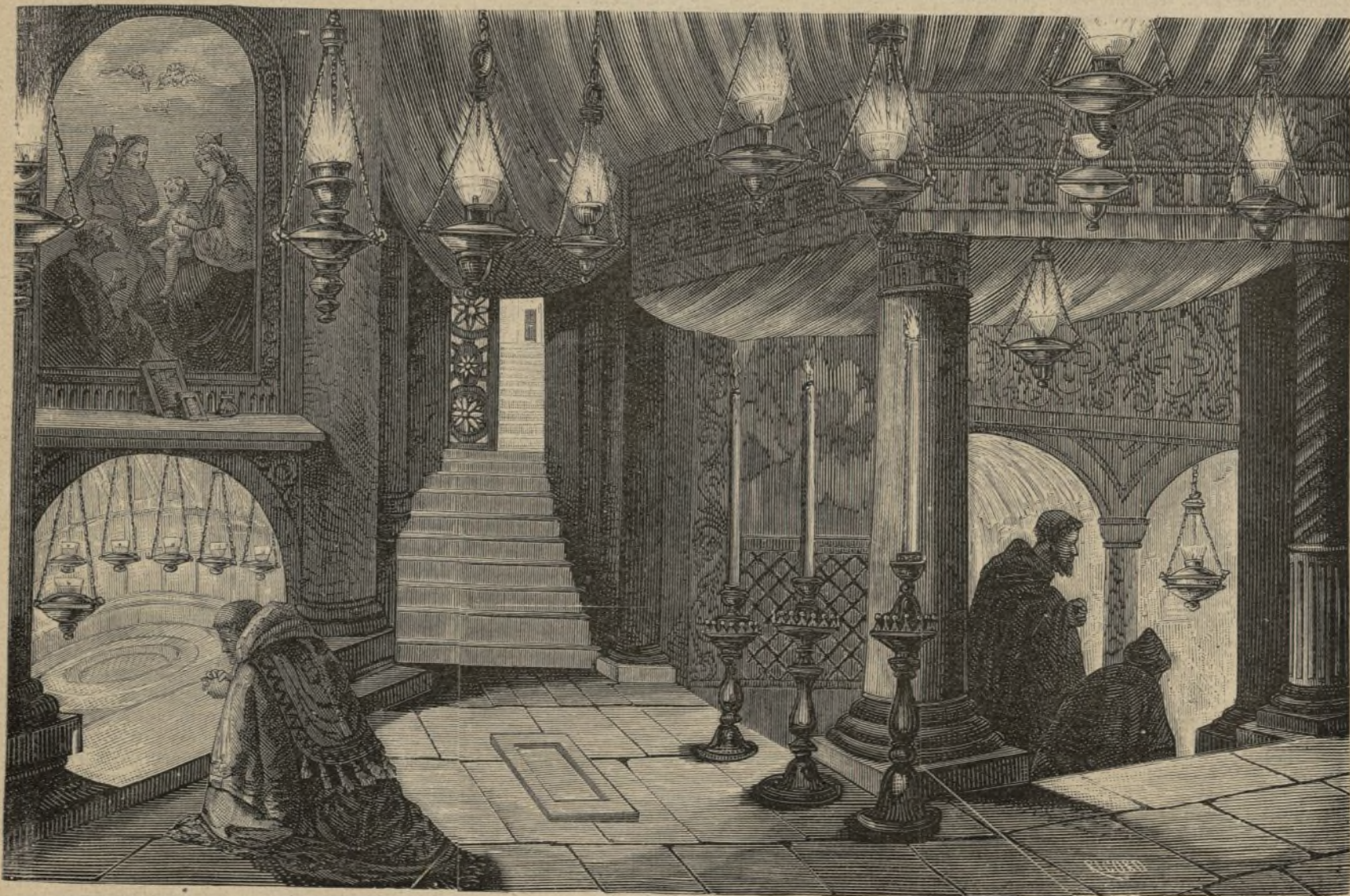
De la boca del envidioso no pueden salir sino invenciones malévolas que van derechas á desacreditar al prójimo hiriéndole en lo que más quiere y ama.

El orgullo no deja de tener también su parte principal, especialmente cuando se trata de juzgar las obras de sus semejantes y el mayor ó menor ingenio que en ellas revela.

Hay quienes no pueden avenirse con la idea de que existan otros que piensen más alto y más hondo, discutiendo con más habilidad y asiento.

Los instintos de la naturaleza dañada por el primer pecado, se revuelven y agitan con inspiración satánica, alentando toda clase de pasiones que extravían los juicios.

Que esto es verdad, lo dice el testimonio de nuestra propia conciencia; pues cuando en horas de soledad y de quietud nos recogemos á meditar sobre nosotros mismos y pensamos en los juicios que sobre el prójimo hemos oído durante el día, nos cau-



GRUTA DE LA NATIVIDAD EN BELÉN.

sa asombro y angustia la facilidad y el poco reparo como se habla del prójimo, y la tendencia en nosotros á creer cuanto se dice sin protesta alguna por nuestra parte.

Entonces comprendemos la impremeditada ligereza como se juzga en el mundo, penetrando, si el caso se ofrece, en lo más sagrado de la familia.

Si en nuestro corazón hay todavía algún resto de caridad y de sentimientos cristianos, profunda pena agobia nuestro ánimo lamentándonos de nuestra misera condición, y dirigiendo nuestros ojos húmedos al cielo, buscamos allí consuelos para el prójimo infamado, y perdón para nosotros que no hemos tenido valor ni caridad para defenderle.

En aquella hora, si el orgullo no es señor y dueño de nuestra voluntad, nos veremos tal cual somos con todas nuestras fragilidades y miserias, las cuales sólo prodremos vencer con la gracia y el auxilio de lo alto.

No se crea que imaginamos como imposible todo juicio humano negando á los hombres su testimonio como regla y criterio de verdad, lo cual sería, además de absurdo, inconveniente; lo que queremos decir, sin pretensiones de tesis, es que se hacen al día

muchos juicios temerarios; porque en nuestro humilde concepto, temerario es juzgar sobre todo cuanto se presenta á nuestra consideración, sin reunir para ello las condiciones especiales que los casos requieren.

Ni el ingenio agudo y despierto ni el mucho saber é ilustración bastan para juzgar de la conducta y vida de nuestros prójimos, es preciso además estar revestidos de la autoridad necesaria, según las circunstancias del juicio que intentamos formar.

Si se tuvieran siempre presentes estas condiciones, que deben preceder á todo juicio, ¡cuántas penas y disgustos nos ahorraríamos á nosotros mismos y á nuestros semejantes!

Y téngase en cuenta que, de otro modo, es entrar por el camino de la murmuración, vicio innoble y tan contrario á la caridad.

«No queráis juzgar para que no seáis juzgados, pues con el juicio con que juzgareis seréis juzgados...» ha dicho el divino Maestro, y pensando y meditando en esta profunda lección, viviremos sobre

aviso cuando el deber ó la necesidad nos obligue á juzgar sobre los sucesos de la vida y la conducta de nuestros prójimos.

R. SEGADE CAMPOAMOR.

IMÁGENES

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN.



La imagen de la Virgen Santísima ha formado en todos tiempos el objeto preferente de las bellas-artistas cristianas. Véase en las Catacumbas de Roma ya desde fines del primer siglo sosteniendo sobre su rodilla izquierda al Niño Dios que adoran los Reyes Magos¹. Esta escena, que no raras veces presentan los primitivos monumentos del Cristianismo, tenía por objeto manifestar la vocación de los gentiles al Evangelio, dogma consolador y característico de la predicación apostólica. Con mayor frecuencia las Catacumbas figuran á la Virgen sola,

¹ Matth. 7.

¹ Rossi, *Imagines selectae Virginis Deiparae*, tabul. I, II.



PALACIO DEL CONDE D. PEDRO ANSUREZ, EN VALLADOLID.

suelto el cabello y revestida con la dalmática, los brazos extendidos en forma de cruz y las manos vueltas al cielo en ademán suplicante, correspondiendo así a la idea de abogar é interceder en favor de los hombres, que á Jesucristo, sacerdote eterno según la orden de Melquisedech, atribuye San Pablo en su epístola á los hebreos. Estas imágenes, auténticas é incontrovertibles ante el tribunal de la crítica, demuestran la tradición apostólica en que se apoya el dogma católico. Así es que muchos protestantes, en vista de tan perentorias pruebas, han admitido de nuevo en sus templos y domicilios las imágenes de Jesús, de la Virgen y de los Santos, que en mala hora proscribió un celo fanático y corruptor de la Biblia sagrada.

En los cuatro primeros siglos del Cristianismo, las imágenes de la Virgen se distinguen por su belleza y majestad, y por un toque de inspiración á que jamás llegó el pincel ni el cincel del arte pagano. Casi nunca el rostro de María se ve sombreado por el velo propio de las *nupcias*¹, ó de la mujer casada. La undosa cabellera partida en dos sobre la cabeza, ya descende flotante sobre las espaldas á la manera de las vírgenes nazarenas, ya se releva sobre la frente conforme al gusto greco romano para formar en seguida bucles y trenzas, pero dejando siempre en el ánimo del espectador la impresión del tipo de la doncella. En los cuadros de la Epifanía ó de la Adoración de los Reyes, la Virgen, por cuyas venas corría la sangre de David y de Salomón, está sentada sobre silla pontifical; largas franjas de púrpura desde el cuello hasta los pies surcan su blanca estola ó sobretúnica, y hasta en el calzado ó sandalias se puede reconocer á una persona de elevada categoría.

Sin embargo, á principios del siglo v, al paso que todo el Imperio de Occidente era presa y partija de los bárbaros, por lo común arrianos, el Imperio de Oriente era turbado por Nestorio, patriarca de Constantinopla, quien imaginando en Jesucristo dos personas, divina la una y la otra humana, sacó por consecuencia que María no era Madre de Dios. A esta consecuencia conducen igualmente las doctrinas de Arrio. Proscribirla ó marcarla con el sello del anatema, era matar ambas herejías, y esto hizo la Iglesia universal representada por el Concilio ecuménico reunido en Efeso. Hizo más. Puso en boca de los fieles la hermosa oración *Santa María, Madre de Dios, etc.*, y no descuidó á este propósito la enseñanza sumamente práctica que se deriva del culto de las imágenes. Desde entonces la de María suele aparecer con el Niño en el regazo, y cubiértala cabeza con el velo ó manto característico de su dignidad de Madre; siendo de notar que al uno y al otro lado del rostro largamente ovalado, corre la inscripción *MP ΘΥ (meter Theu)*, cuyas palabras griegas significan *Madre de Dios*. De aquí es que durante los siglos de la Edad media, este tipo es propio de catedrales bizantinas y góticas, con la particularidad de que, á fines de este período, el Niño ya no es llevado, regularmente hablando, sobre la falda ó seno, sino en la diestra de la imagen, cuyas sienes ciñe corona real, mientras que la otra mano empuña la *vara de Jesús*, ó el cetro coronado por una flor de lis, por una cruz ó una estrella.

Nuestro intento al recordar las principales vicisitudes por que ha pasado la representación de la Virgen hasta la edad moderna, es deslindar cuál debe ser el tipo ideal del arte cristiano al figurarla en el misterio de la Concepción Inmaculada. En la historia de las Bellas-Artes del Cristianismo, la definición dogmática del día 8 de Diciembre de 1854 formará época, no de otra manera que la declaración dogmática sobredicha del Concilio de Efeso. Por todas partes se alzan templos y obeliscos, se esculpen ó se pintan imágenes de la Inmaculada Concepción, á la que consagra la poesía sus más preciosos cantares; mas por desgracia, la mayor parte de los artistas, careciendo de la instrucción oportuna que debiera suministrarles la Arqueología sagrada, y obrando menos por ciencia que por rutina, no dan á su trabajo el tono de la inspiración, ó si lo dan, no siempre se armoniza con la verdad del misterio.

Imágenes hemos visto en que la Inmaculada, llevando al Niño Dios en la diestra, destácase sobre el monstruo infernal, cuya cabeza es aplastada, no por el pie de la Virgen, sino por la cruz que blande el Niño. Estas imágenes, queriendo expresar el triunfo de la Inmaculada en su raíz, es decir, en la cruz del Redentor, no satisfacen cumplidamente á la ilustrada piedad de los fieles, los cuales sin ignorar el dogma fundamental, saben muy bien que aquél triunfo es figurado en la sagrada Biblia por la acción del pie virginal quebrantando la cabeza de la

serpiente: *Ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*¹. La imagen del Niño tampoco nos parece muy propia. La Virgen fué preservada de la culpa en vista del sacrificio del Calvario, como dice la Bula dogmática; y de todos modos, el espectador amante del misterio prefiere concentrar su atención en la sola Virgen.

Bajo este último concepto, la representación suele inspirarse en dos perspectivas, cuya norma dan las Sagradas Escrituras. Dios maldiciendo la serpiente infernal, orgullosa con la prevaricación de nuestros primeros padres, anunció, como es sabido, la futura redención del linaje humano. La Iglesia española, ya desde fines del siglo iv, aplicó esta profecía á nuestro misterio. Su mejor himnógrafo, el inmortal Prudencio, trazó entonces un cuadro que nos apresuramos á traducir para edificación de nuestros lectores:

"Pondré entre ti y la mujer enemistades perpetuas," dijo Dios; y se ha cumplido la profecía á la letra.
¿No ves? ante Virgen pura yace la infernal culebra; una planta femenil le quebrantó la cabeza.
De Dios mereció ser Madre la Virgen de estirpe regia; y así de toda ponzoña destruye la saña fiera.
Verde es el áspid, horribles son las rosas que despliega; mas sobre la verde grama veneno escupe sin fuerza.

Desde luego se advierte en la exposición de este cuadro bellísimo que la Virgen así representada en *ademán de quebrantar la cabeza de Satanás*, debe mostrar en todo su exterior la majestad y el brío de tamaño triunfo. El Apolo de Belvedere, obra maestra del arte antiguo, gozándose en el momento de haber atravesado con su flecha de oro á la serpiente Pitón, no es más que un pálido reflejo del continente marcial y mirada de rayo que debe brotar del ojo de la Virgen. Esta mirada, en que brillar puede todo el ardor del alma de la Madre de Dios, se dirige naturalmente hacia el espectador ó hacia el cielo. En este último caso hablan por boca de la imagen la humildad ó la gratitud; en aquél la voz del ejemplo; en ambos un afecto de indescriptible ternura. Murillo ha sido el pintor que mejor se inspiró en ese modelo.

Otra representación, que se traba íntimamente con la que acabamos de ver, resulta del libro profético que escribió San Juan el Evangelista. En el Apocalipsis, capítulo xii, refiere San Juan que vio aparecer en el cielo á una maravillosa mujer, vestida con el cándido resplandor del sol, á cuyos pies se mecía la luna y cuyas sienes orlaba una corona de doce estrellas. Debajo de ella se erguía un dragón bermejo, cuyas siete cabezas ceñidas con la diadema imperial tenían diez astas, y cuya cola descomunal hacía caer la tercera parte de los astros del firmamento. San Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón que quería dar muerte al hijo de la mujer, la cual *erat parturiens*. Pero el hijo, á quien estaba reservado el cetro de las naciones, nació incólume y fué sublimado al cielo. A la mujer fueron dadas alas de águila para volar al desierto y ponerse en nuevo estado de resistir al dragón que se tendía furibundo sobre la arena del mar.

El verdadero sentido de esta descripción se refiere á la lucha sostenida por el Imperio pagano de Roma contra el Cristianismo naciente. Las siete cabezas son los collados de Roma, y las diez astas otros tantos césares. Al frente de esta lucha se presentan por un lado María, por otro el dragón imperial, con arreglo y en virtud de la profecía sobredicha del Génesis. Aun dura esta lid de la victoriosa Virgen, y durará hasta el fin de los siglos.

No es, pues, extraño que San Agustín y San Bernardo explicasen aquella revelación apocalíptica como alusiva al misterio de la Concepción Inmaculada. De aquí, los símbolos de la *media luna* y las *doce estrellas* suelen campear en varias imágenes. En las repúblicas de la América del Sur guárdase todavía la costumbre de figurar á la Inmaculada Señora agitando sus *alas de águila* extendidas. Con dolor vemos que este simbolismo en las modernas imágenes poco á poco se va eliminando por falta de instrucción ó de buen gusto.

En resolución, creemos que el bello ideal del misterio se debe cifrar en la expresión de juvenil y virginal hermosura, de fortaleza magnánima y de soberana majestad que en el rostro de la Madre de Dios deben resplandecer anunciando el acto más pujante de sobrenatural heroísmo. Poco importa que

la Virgen esté con velo ó sin él, tendido ó recogido el cabello, si bien preferiríamos el tipo de las Catacumbas, ó el más cercano de los tiempos apostólicos, que con tanto vigor como gracia han sabido conservar Juan de Juanes y Bartolomé Murillo. La corona real ó imperial no me parece tan adecuada como la divinal de las doce estrellas. El vestido blanco se debe conservar como emblema de su sin igual pureza; el ceñidor ó faja, símbolo de dignidad, y el *limón* de virginidad no son necesarios; el manto azul es conveniente. En lo que no podríamos transigir, y lo que altamente reprobamos, es esa tendencia anticristiana, sensual y muelle de nuestro siglo, que consiste en anteponer á la belleza moral é intelectual la belleza física.

FIDEL FITA.

LA PRINCESA ISABEL

EL REGALO DE AÑO NUEVO

I

PASEO POR LA NIEVE



MUCHA nieve había caído en la noche del 14 al 15 de Diciembre de 1780; y Versailles, con sus suntuosos palacios, sus jardines perfectamente trazados, y su admirable parque cubierto con aquella capa blanca, recibía el sol, que iba saliendo con muy esplendente brillo. Daban las diez en el reloj del patio principal, cuando la puerta de la fachada de palacio, que caía al parterre, se abrió para que pasase una tierna joven, cuyo esbelto y delicado talle, y el sonrosado y distinguido rostro, desaparecían bajo las pieles en que iba envuelta. Seguíanla muchas señoras y algunos caballeros. Así que la joven hubo llegado al primer escalón de la grada por donde se baja al parterre, detúvose y, volviéndose hacia su comitiva, les dijo:

— Señoras y caballeros, ruego á ustedes que se retiren, porque el que me guste á mí andar sobre la nieve, no es razón para sujetar á ustedes á mis caprichos.

— Pero, señora, vuestra alteza no puede ir sola, le advirtió de un modo respetuoso y amable la dama que iba más inmediata á la princesa.

— Voy, mi querida condesa de Marsan, hasta el fin de la alfombra de césped, contestó la princesa riéndose: descuide usted; y aunque, como aya de príncipes se crea obligada á hacerme advertencias, la etiqueta no puede ofenderse con mi paseo. Además, si usted recela alguna infracción contra sus leyes, hija de mi inexperiencia, deténgase... rapare... ¿no ve usted nada por medio de los árboles del parque... allí... en aquel banco, al pie de la estatua del Silencio?

— Un ropón negro... dijo la condesa, mientras con el minucioso cariño de una madre arreglaba las pieles de la princesa; vuestra alteza tiene heladas las mejillas, añadió luego.

— Y debajo de aquel ropón, añadió la princesa, hay una joven á quien quiero mucho, que en todos conceptos lo merece, á la sobrina del respetable sacerdote que me dirigió en la niñez, contestó la princesa, sin fijar la atención en las últimas palabras de la Marsan.

— ¿La señorita de Montaigu? preguntó la Marsan.

— La misma, querida condesa.

Y repitiendo á cuantas personas la acompañaban la orden de quedarse en palacio, tomó con gracia y ligereza el camino que llevaba al banco donde estaba sentada é inmóvil la joven vestida de negro.

Al acercarse á aquel punto notó la princesa aquella pensativa inmovilidad, y queriendo, con el buen amor propio de sus años causar una sorpresa á la sobrina de su preceptor, acortó el paso, no levantando el pie sino con precaución, y descansándolo sólo en la punta, consiguió llegar detrás del banco sin ser vista. Entonces, después de sonreírse la princesa de aquella encantadora joven seria y descolorida, que sin ver nada estaba mirando al frente, y cuya preocupación parecía tan intensa, que medio desprendido su abrigo, le dejaba brazos, cuello y espaldas expuestos á un frío agudo, sin que aparentase sentirlo, alzó las manos y poniéndolas de repente sobre los hermosos ojos negros de la señorita de Montaigu, dijo con vocecita de máscara:

— ¿Me conoces, hermosa descuidada?

— Nada me importa; pero acabe usted, que no estoy para bromas.

Quiso después separar con sus manos las de la princesa; mas apenas las había tocado, cuando con todas las muestras de respeto añadió:

— ¡Ah! ¡la princesa Isabel!

— ¿En qué me has concido? preguntó ésta sen-

¹ *Nupcias* significan, en rigor, *velaciones*.

¹ Génesis, III, 15.

tándose en el banco junto a la señorita de Montaigu.

— En ese diamante que vuestra alteza trae en el dedo, y que me ha arañado, unas veces la mejilla, otras el brazo, según su alteza ha tenido la bondad...

— De tocarle en la mejilla ó en el brazo: eres tan buena que encantas, Carolina, replicó la princesa. ¿Y hace mucho que me estabas aguardando?

— No lo sé, señora, no lo he calculado, contestó Carolina ahogando un suspiro.

— ¡Dios mío! ¡qué cara tan seria y tan formal traes hoy! ¿qué es lo que tienes?...

Después, con ese aturdimiento propio de la gente feliz, que sólo se informa de pasada acerca de las penas de los demás, porque como no conoce ninguna, nunca espera respuesta, continuó la princesa:

— Estoy muy contenta; y pues me veo sola contigo, y me he zafado de mi comitiva para acabar de referirte mi dicha, sabe que el rey mi hermano, que todos los años me da, como sabes, un adorno de diamantes, me ha enviado esta mañana a su joyero con lo mas escogido que puedes imaginarte... ¿Pero qué es lo que tienes? Parece que no me oyes.

— Disimúleme vuestra alteza, dijo con prontitud Carolina, enjugando a hurtadillas con el revés de la mano una lágrima que caía por su helada mejilla, y poniéndose como quien hace un esfuerzo por escuchar...

— Imagínate, continuó la princesa, unos pendientes lo más delicado y elegante que verse puede: si yo tuviera un bastón, una sombrilla, ó cualquier cosa, te los dibujaría en la nieve.

Levantóse silenciosa Carolina, y a los pocos pasos cogió una rama seca que presentó a la princesa, después de quitarse el guante.

— ¿Para qué son estas ceremonias? dijo la princesa cogiendo la varilla: la Marsan no te ve: bien podías haberme dado la rama con el guante puesto... Así es: mira, ¿comprendes? añadió la princesa formando en la nieve el dibujo con la punta de la varilla... aquí un gran diamante... aquí muchos diamantitos pequeños... en fin para darte una idea, no tengo más sino decirte el precio... los pendientes y el ferrión, colocados en un ancho terciopelo negro que me servirá de collar, ascenderán a quince mil francos.

— ¡Quince mil francos! repitió con particular acento la señorita de Montaigu.

— Es el valor que destina mi hermano para el regalo que me hace todos los años, dijo la princesa.

— ¡Quince mil francos!... repitió la señorita de Montaigu, dejando caer sobre la espalda su desfallecida cabeza.

Sin reparar el amargo y triste acento de Carolina ni la sensación que ésta había experimentado, continuó la princesa:

— Si hubiese el querido gastar mas... el doble, por ejemplo, hubiese yo escogido con los pendientes y el ferrión una gavilla de diamantes que se colocase así, ¿ves? sobre la frente y produce muy hermoso efecto... Así llevó uno la reina en su último baile... ¿No te acuerdas?... ¿No era así?... Pero también cuesta el doble... En fin, todo se reduce a esperar un año; entonces haré que me lo regalen para los aguinaldos... ¿Pero qué es lo que tienes?... Apenas me escuchas, ¿tienes frío?... pero no, estas abrasando, añadió la princesa, cogiendo una mano de Carolina... ¿Estás mala?

— No, señora, respondió Carolina, moviendo tristemente la cabeza.

— Entonces habla, yo no puedo estar siempre hablando... habla, que yo te lo digo.

— ¡Cuán feliz es vuestra alteza! dijo a su pesar Carolina y con particular expresión de amargura, tanto en el gesto como en la voz. ¡Cuán feliz es vuestra alteza!

Una triste idea pasó por la mente de la princesa, disipando la alegría que hace un instante la animara. Arrojó lejos de sí la varilla con que estaba jugando, hizo a Carolina que se levantara, cogiéndola del brazo y, llevándola de prisa por toda la alfombra de césped, le dijo con acelerada voz y como si la exclamación de Carolina le hubiese despertado alguna pena oculta. «Pues no, no soy feliz.»

— ¡Vuestra alteza! exclamó con violencia Carolina, casi sublevada contra aquella expresión que insultaba su pena, joven, rica, hermosa, adorada, pudiendo satisfacer sus deseos, tan inmediata al trono... ¡No es vuestra alteza feliz... ¡qué es lo que le falta!

— No lo sé, Carolina, contestó la princesa con graciosa sencillez y confianza; pero muchas veces al ver toda esta gente que me rodea, esta adúladora corte de mi hermano y los homenajes que me tributan, me parece que estoy soñando, que nada de esto me corresponde, que soy víctima de una ilusión, y que estos brillantes honores, esta magnificencia real, estas grandezas humanas, todo va a desaparecer... y entonces... ¡qué quieres tú, Carolina! Esta idea es más poderosa que yo, más que mi razón, más que

mis creencias... Hay momentos en que me domina un involuntario espanto, un terror supersticioso... Tengo como revelaciones íntimas y secretas de males horribles... unos presentimientos siniestros... Tengo miedo y siento... no te rías de mí, Carolina, siento... sí, en mis miembros y por todo mi cuerpo como el contacto desagradable de la húmeda paja de un calabozo... y en algunas ocasiones también... ¡ah! esto es mil veces más horrible... de noche y aun de día, despierta como tú y yo lo estamos ahora... una alucinación completa, horrorosa, me representa un cadalso levantado, en el que subo yo misma, la princesa Isabel de Francia.

— Pero, señora, esos son delirios, ensueños, dijo Carolina interrumpiéndola y horrorizada con la palidez de la princesa.

— ¡Dios mío!... estoy loca, lo sé, nada de eso puede sucederme. Mi hermano reina: ¿quién podrá destronarlo? Soy su hermana, su hermana querida: es imposible que nunca me vea en la miseria, pues soy princesa de Francia, hija y hermana de reyes; es ridículo presumir que pueda yo ni aun entrar en un calabozo, a no ser para libertar a los presos, y trocar en alegría sus penas... Sé todo esto... y a pesar de todo ello tengo miedo... Si crees que miento, toma, toca mis manos; hace intenso frío y mira cómo están abrasando... mis mejillas las tengo ardiendo... la frente empapada en sudor.

— Vuestra alteza está mala, dijo Carolina contristada, será menester llamar al médico.

— No es mi cuerpo, querida, el que está malo, sino mi alma, contestó la princesa con esa languidez que siempre sigue a la exaltación, y para estas enfermedades no hay médico... ¡Ay! ¡es horroroso! ¿Quieres que hablemos de otra cosa?... dijo de repente la princesa, que silenciosa y pensativa hacía un momento caminaba apoyándose en el brazo de la señorita de Montaigu.

— Sí, señora, hablemos de otras cosas, contestó Carolina, hablemos de cualquier cosa alegre, añadió con expresión muy triste.

— Hablemos de los regalos de año nuevo, dijo la princesa moviendo su hermosa cabeza rubia, como en ademán de separar las lúgubres ideas que la asediaban.

— Muy bien, replicó Carolina, sonriéndose a la fuerza.

— No: hablemos de ti, repuso la princesa, porque soy egoísta, como todas las personas dichosas... Tú estás hoy triste, tus ojos me indican que has llorado... ¿Está tu madre mala?... ¿ó tu tío?... Algo tienes, Carolina.

Las mejillas de Carolina, que estaban pálidas, se pusieron encendidas.

— No, señora... dijo con voz balbuciente.

— No dices la verdad, y haces muy mal, añadió con prontitud la princesa... en ocultarme a mí algo; a mí que todo te lo digo!

— Es porque mis insignificantes disgustos tienen muy poca importancia para vuestra alteza real.

— ¡Ingrata!... Pero ya se acerca a nosotras la Marsan, dijo la princesa con jovialidad... a nosotras las infelices princesas no nos dejan un momento tranquilas.

— La reina pregunta por vuestra alteza, dijo la Marsan acercándose.

— Quiero mucho a la reina para hacerla aguardar, dijo la princesa, desprendiéndose lentamente del brazo de Carolina y parándose en el momento de soltarlo del todo... pero exijo de ti una promesa... tienes disgustos que yo no sé y que me ocultas; las princesas pueden algo, y si me los dijeras... bien podría ser... di... ¿crees que tu pena esté en mi mano remediarla?

— ¡Ay! no, señora. Sólo Dios puede remediar mi desgracia, contestó Carolina.

— No importa, las penas se alivian siempre comunicándolas. Habla... procuraré compartirlas contigo.

— La reina aguarda a vuestra alteza, le advirtió Carolina... y yo también tengo que consultar con una persona antes de hablar de esto. Pero si vuestra alteza quisiera tener la bondad de...

— ¿Volver mañana a la misma hora? Bien, querida, contestó la princesa a la señorita de Montaigu con amigoso semblante.

— Pues entonces, hasta mañana.

(Se concluirá).

CUBICACIÓN ATMOSFÉRICA DE LAS HABITACIONES¹



NTRE los arduos problemas que la Higiene investiga, pocos hay tan importantes y de tan extensa aplicación, como el que se refiere a la cubicación atmosférica de las habitaciones.

El aire es el *pabulum vitae*, de los antiguos; es

¹ De La Higiene.

nuestro *medio por necesidad* y sin el cual la vida es imposible: cuenta entre sus elementos, el indispensable, el *irreemplazable*, aquel que, regenerando la sangre, le permite suministrar a los elementos anatómicos lo que para su renovación en el organismo les hace falta, a fin de que no se interrumpa el movimiento molecular, que constituye la existencia. La deficiencia del elemento *oxígeno* ó el acúmulo de otros gases ó materias extrañas a la composición del aire, al propio tiempo que le vicia, envenena la sangre, degenera, como consecuencia, los tejidos, trastorna las funciones, y lleva tras sí, como obligado cortejo de estos desórdenes, la predisposición a enfermedades y la debilidad, cuando la transformación es lenta, a los más graves accidentes y aun la muerte por asfixia, si el cambio fuere rápido.

No será preciso que nos esforcemos mucho, para hacer comprender cuánto interesa el estudio que estos ligeros apuntes motiva; y es triste observar que no se preste la atención que merece a un punto tan importante y de tanta aplicación práctica.

¿Quién duda que las clases trabajadoras, verdaderas representantes de la fuerza viva de una nación, se depauperan, debilitan y aniquilan, víctimas del raquitismo, escrofulismo, anemia y clorosis, por economizarles en sus viviendas las cantidades indispensables del agente reparador *oxígeno*, cuyo caudal es inagotable en la tierra, por el perfecto equilibrio y compensación entre la nutrición y exhalación animal y vegetal?

Nadie puede dudarlo, y de aquí la necesidad de clamar con todas nuestras fuerzas para que desaparezca la perniciosa estrechez de las moradas, estrechez más terrible que la económica, y que, asociada a aquella, como generalmente suele ir, es tanto más abonada para el desarrollo de las enfermedades, cuya prevención es objeto de la ciencia que estudiamos.

Encaminadas a remediar el mal, las consideraciones que exponemos son aplicables a todas las habitaciones, cualquiera que sea el destino que deban llenar.

De la capacidad total de cada una hay que restar el volumen de los muebles y el de las personas que la ocupan; quedando sólo el residuo como cantidad disponible para los cálculos referentes al cambio de gases entre la atmósfera y el individuo. Lassagne evalúa en 64 litros el volumen medio de una persona.

Desde hace tiempo vienen los químicos y fisiólogos estudiando los cambios que una atmósfera confinada experimenta en las cantidades de su *oxígeno*, *nitrógeno*, *ácido carbónico*, vapor de agua y en el óxido de carbono, *hidrógeno carbonado* y *sulfurado*, *amoníaco* y *efluvios miasmáticos* de naturaleza desconocida de que puede cargarse: atendiendo con preferencia a las alteraciones del *oxígeno* y *ázo*, como factores esenciales del aire atmosférico.

Utilizando los datos obtenidos por Dumas en sus experimentos sobre este asunto, tenemos que un hombre transforma en el espacio de una hora en *ácido carbónico* el *oxígeno* contenido en 90 litros de aire; resultando 333 litros de aire aspirado, que contienen 4 centésimas de *ácido carbónico*; pero cuando una atmósfera contiene 8 milésimas de este gas, experimenta ya malestar el individuo que la respira, de donde la necesidad de su pronta renovación. Por otra parte, como el hombre exhala 38 gramos de vapor acaoso cada hora, necesita para disolverle, a una temperatura de 15°, unos 6 metros cúbicos de aire, cantidad que la experiencia acredita ser necesaria para mantener salubre el ambiente que respira en cada hora.

Teniendo en cuenta que el aire es tanto más vivificante cuanto más puro, seco, frío y denso sea: tomando el término medio de los volúmenes del aire inspirado en las diversas edades; notando que el cuerpo del hombre despiende principios orgánicos capaces de insalubrir la atmósfera, y que pueden ser causa de enfermedades de carácter tífico; viendo las modificaciones que la electricidad produce sobre el *oxígeno*, aumentando su poder comburente, y las producciones de gases tóxicos por los cuerpos en ignición, tendremos un número de datos que nos facilitarán la solución del problema.

Pero la capacidad de un aposento ha de determinarse, no solamente con los anteriores datos, sino teniendo en cuenta el número de personas que le habitan y el tiempo que por término medio permanecen en él; la renovación posible del aire y su ventilación constante, y de esta manera se comprende que los dormitorios donde la permanencia es en general de siete a ocho horas, deben ser cubificados, teniendo en cuenta que un individuo necesita 30 metros cúbicos de aire por hora, que multiplicados por el número de ellas que ha de estar en el sitio donde pernocte, dan un total de 210 a 240 metros cúbicos, proscribiéndose en tales habitaciones las

flores, lámparas, animales, etc., etc.: es decir, cuantos medios tiendan á mermar el contingente de oxígeno en aquella atmósfera limitada. Soudé y otros higienistas modernos piden mayores cantidades por individuo y por hora.

No se crea, sin embargo, que nosotros pidamos una capacidad de 240 metros en cada habitación, ni siquiera en cada dormitorio: sino que al construirlas y al demarcar los huecos por donde han de ventilarse estas piezas, se cuide de darles la capacidad á éstas y la amplitud á aquellos necesaria, para que puedan renovarse los 240 metros cúbicos en las ocho horas, sin que den lugar á una corriente que haga perjudicial ó desagradable la estancia en el departamento.

Este cálculo puede ser aplicado á todas las habitaciones según su destino peculiar.

Empero, las construcciones modernas no se amoldan á esta capacidad, y las habitaciones de las casas, en populosas ciudades, distan mucho de cumplir con lo que marcan estos números.

Por eso llamamos la atención de autoridades, propietarios y arquitectos sobre este punto, y como los resultados que en pro de la salud pública y en especial de la clase obrera había de reportar, serían tangibles en la práctica, insistimos en la necesidad de que las casas modernas se construyan bajo las bases apuntadas; pues si bien es cierto que la alimentación suculenta y bien preparada enriquece la sangre en principios nutritivos, también lo es que de nada aprovecha al líquido esta riqueza, si en el aire que en el pulmón la contacta no encuentra los elementos necesarios para verificar en la trama de los tejidos los cambios y fenómenos que la salud requiere.

A. TORTOSA VIDAL.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Las manchas del sol, sus evoluciones y los efectos que su influencia produce en la tierra, en la atmósfera y en los hombres. — Burlábanse los filósofos antiguos de los primeros astrónomos que señalaron la presencia de grandes manchas en la superficie del sol, calificando de solemne disparate y aun de manifestación herejía el suponer manchas en el gran astro, cuando era forzoso estuviera formado de sustancias que reuniesen la quinta esencia de la pureza, de la diafanidad y de la brillantez, y nunca faltaba un silogismo á mano para probarlo.

Pero á medida que se fueron perfeccionando los instrumentos de observación de los astros, vióse lo exacto de la existencia de las manchas, y se fueron corrigiendo las ideas absurdas que, acerca de la naturaleza del sol y demás cuerpos celestes, venían dominando. Hoy día ya nadie duda de que existen manchas en la superficie solar, pues es muy fácil distinguirlas con sencillos aparatos.

Preséntanse como si fueran enormes boquetes, con los bordes en la penumbra y el fondo central completamente oscuro. Algunos de estos boquetes ó manchones son tan grandes, que si la tierra pudiese caer en ellos, parecería ésta muy pequeña, con relación á la magnitud de aquéllos.

Y es de notar, que las tales manchas no aparecen fijas, sino que se muestran moviéndose de un extremo del sol hacia otro, por lo cual han servido para determinar algunos movimientos del astro. Unas veces guardan bastante constancia en sus formas, mientras que otras cambian de continuo en sus contornos y extensión, al modo de lo que sucede con las nubes que en nuestra atmósfera se forman.

Estudian hoy continuamente los sabios cuanto á estas manchas se refiere, y por virtud de esta constante aplicación, se han llegado á deducir consecuencias tan importantes como curiosas, por lo que toca á las influencias que las referidas manchas llegan á ejercer, no sólo en el concierto general de los planetas, sino hasta en la vida de los seres que pueblan éste en que habitamos.

Que el sol, por el calor y la luz que nos envía, mantiene la actividad y el movimiento de todo lo que alienta en la superficie de la tierra, cosa es por demás sabida y demostrada. Bajo la acción de los rayos caloríficos solares se evaporan las aguas, se forman las nubes y se originan los vientos, dando cierta uniformidad al clima de la tierra; germinan y se desarrollan las plantas y viven y mueren los animales. Pero á más de estos efectos generales cuya acción é intensidad es conocida, producen otros cuya influencia, más íntima y más vaga, ha sido y es difícil de apreciar, sin que por eso sea menos extensa y formidable.

El sol, en efecto, al mismo tiempo que envía calor y luz, hace que en la tierra se desarrolle gran cantidad de electricidad en los dos estados en que la es-

tudian los físicos: al estado de tensión ó *estática*, y al estado de corriente ó *dinámica*.

En el mar, cada gota de agua que se evapora sale electrizada y deja electrizadas también las que la rodean; en las ciudades, cada fogón es un foco de electricidad, y en todas partes, cada animal da su contingente de electricidad á la atmósfera, al respirar y al moverse. Acumulados todos estos infinitamente pequeños eléctricos, por la acción solar nacidos, producen la tensión eléctrica que en la atmósfera y en el suelo se manifiesta, con intensidad tan grande, que ella es causa de las estrepitosas y formidables tempestades que periódicamente estallan en los trópicos, de las variables y también temidas tormentas de las zonas templadas, y de las silenciosas y brillantes auroras de los polos, así como de las *tempestades á fuego lento* de las regiones árticas y antárticas.

La electricidad *dinámica* terrestre se produce de otro modo. Formada la tierra de un agregado de masas diferentes, con diversa conductibilidad para el calor y calentada por un hemisferio, mientras permanece frío el que queda en las tinieblas de la noche, resulta que la tierra se asemeja á una gigante pila *termo-eléctrica*, en la que se originan corrientes por la desigual propagación del calor por las diferentes partes del circuito.

Estas corrientes eléctricas así nacidas, y que rodean á la tierra en sentido paralelo al ecuador, son las que dan origen á los fenómenos magnéticos, como la dirección hacia el polo que presenta la aguja imantada. Ciertamente que la influencia de estas corrientes, sobre todo la que en la tierra existe, debe ser muy grande; pero es la menos conocida. Acciones misteriosas aun, por lo incógnitas, no por lo sobrenaturales, son las que deben ejercerse sobre la vida animal y vegetal, por virtud de las corrientes termo-eléctricas telúricas, acciones de las que han de depender mil extraños y curiosísimos fenómenos.

Preciso era hacer la ligera reseña que queda expuesta, para dar fundamento á las consideraciones que á continuación vamos á consignar; consecuencias, las más de ellas, de recientes observaciones y estudios relativos á estos asuntos.

Es la primera de dichas consideraciones, que siendo las manchas solares de tal extensión, como al principio hemos dicho, alguna influencia han de ejercer en la radiación solar, debilitándola indudablemente, y que variando como varían, en magnitud y en posición estas manchas, su influencia será también variable, lo cual hace que sea muy diverso el modo de apreciarlas.

Pero estas alternativas no se referirán solamente al calor que el sol envía, sino á sus efectos magnéticos y eléctricos, y es digno de tomarse en cuenta lo que á cada uno de estos órdenes de acciones se refiere, por lo curioso de los efectos resultantes. Los cambios, con vislumbre de trastornos, y las grandes agitaciones sociales y políticas que en la tierra ocurren con determinada periodicidad, parece que vienen á encontrar aquí su natural foco y origen.

Buscando la relación que pudiera existir entre las variaciones de la temperatura de la superficie de la tierra y las fases distintas de las manchas solares, se ha notado que los inviernos más fríos suelen ir coincidiendo con las épocas de maximum de manchas, y los años de más temperatura con las épocas de minimum.

La influencia que estas variaciones de temperatura ejerce sobre la tierra, es más importante de lo que parece. En los períodos de más manchas, las grandes masas de hielo que proceden de las regiones árticas que rodean el Spitzberg, avanzan más que en ninguna otra época por el mar del Norte y enfrían considerablemente los países occidentales de Europa.

Es más: estas corrientes de agua helada enfrían y desvían el gran río oceánico llamado *Gulf-Stream*, que trae el agua caliente desde el golfo de Méjico, suavizando el clima de todo el Oeste y Noroeste de Europa, y permitiendo que infinidad de pescados vengan en el seno de la corriente templada hasta las costas europeas, sin apercibirse de que han cambiado de patria.

Conforme cambian las manchas del sol, cambia la temperatura del Continente; cambia la dirección del *Gulf-Stream*, y los sencillos pescadores cantábricos ven alejarse la sardina de sus costas, sin poder figurarse que el astro del día tiene parte en el asunto.

Pero no sólo es la radiación calórica la que cambia, sino también la producción de electricidad *estática* y *dinámica*. En cuanto á la influencia sobre la electricidad, el estado de tensión, el profesor Zenger, de Praga, acaba de publicar unos estudios, de los cuales se deduce, que los ciclones de las regiones ecuatoriales y todas las tempestades eléctricas se recrudecen por períodos regulares, que guardan co-

rrespondencia con las evoluciones undecenales de las manchas solares.

Efectivamente, los períodos de máxima y mínima de estas manchas, suelen tener una duración de unos once años, término medio; de forma, que éstos son también los períodos en que suelen sucederse los años más fríos, coincidiendo éstos con las épocas de más manchas y los años más templados, coincidiendo de análoga manera con las épocas de menos frío. Pero hay que advertir, que combinándose estas circunstancias con todas las demás que influyen en las variaciones de la temperatura de la tierra, resulta que todas vienen á coincidir en un mismo sentido, por períodos de 130 á 135 años; así es que, recorriendo la historia, se advierte que, en efecto, cada 130 años es cuando se han observado los más rigurosos inviernos.

Pero ahora viene la observación más curiosa. Cuando tales acciones ejerce el sol sobre la tierra, y cuando tan sujeto está el planeta á las evoluciones de la superficie del sol, ¿influirán éstas también directamente sobre el hombre y sobre la marcha de la humanidad?

Puede hallarse la contestación á esta pregunta, teniendo en cuenta lo siguiente: según queda manifestado, la coincidencia de todas las acciones que el sol ejerce sobre la tierra tiene lugar por períodos de 130 á 135 años; pues bien, consultando los grandes movimientos de la historia, es decir, las crisis generales y los trastornos más grandes de los pueblos, se observa que éstos tienen lugar con intervalos próximamente iguales y en épocas cercanas á los inviernos más rigurosos. Tales son las fechas memorables de 1789, 1649, 1525, 1382, 1241, 165 y 40 de nuestra Era, así como los años 100, 240, 370 y 510 antes de Jesucristo, testigos todas de las mayores sacudidas que la humanidad ha experimentado en su carrera, y que corresponden, no á guerras de conquista ó provocadas por habilidades diplomáticas, sino á levantamientos de pueblos en masa, á crisis violentas, á convulsiones sociales de gran intensidad.

Y es de notar la coincidencia de estas grandes crisis en países muy diferentes y cuando no existe comunicación alguna entre los movimientos en ellos ocurridos, como sucedió en Grecia y Roma en el siglo VI antes de nuestra Era, y en Inglaterra y en Ucrania hace dos siglos.

Parece verse aquí la mano de un agitador poderoso que lleva de tiempo en tiempo su influencia á todas partes, y que se hace patente á través de todas las circunstancias por que entonces atraviesan las naciones. Y es que á los efectos que indefectiblemente han de producir en los pueblos las variaciones físicas antes enunciadas, como la falta del fresco, el rigor y la carestía de los grandes inviernos, las devastaciones de estrepitosos huracanes, etc., hay que añadir la acción misteriosa, secreta aun, pero no por eso menos real que las variaciones de las corrientes termo-eléctricas, origen del magnetismo terrestre, ejercen sobre los seres animados.

Bien puede decirse por esto que los revolucionarios de aquí abajo son bien poca cosa, comparados con el *gran revolucionario*, con el sol, agitador impenitente que, desde hace luengos siglos, viene de cuando en cuando truncando y revolviendo por completo la marcha de la humanidad.

(El Espejo.)

Trenes de personal reducido. — Tanto en Francia como en Bélgica, viene estando en uso hace tiempo el carruaje de vapor llamado *Belpaire*, que comprende sobre el mismo bastidor, *chasis*, una locomotora, un furgón de equipajes y un compartimiento de viajeros, de dos ó tres clases.

Pero la práctica ha demostrado que el hacer solidaria la máquina del carruaje ofrece algunos inconvenientes, sobre todo, en los casos de reparación.

La Compañía austriaca de los caminos de hierro de Südbahn, ha conseguido un notable progreso en el perfeccionamiento de esa clase de trenes, combinándolos de modo que unan á la independencia completa de la máquina, la ventaja de no necesitar más que un personal sumamente reducido.

Dichos trenes, que hacen el servicio entre Leoben y Boderberg, Lienz y Frasnzenste y otros puntos, están compuestos de una locomotora tender, y hasta tres ó cuatro carruajes de corredor central, según la afluencia de viajeros.

La locomotora se conduce por un solo hombre, y lleva por detrás una plataforma que la pone en comunicación con la plataforma anterior del carruaje que la sigue. El conductor circula fácilmente á voluntad por todo el tren, por el pasillo ó callejón central, de que estén dotados todos los carruajes, permaneciendo por lo general en la plataforma posterior del último coche, en donde se encuentra un timbre sobre

el que puede actuar el maquinista, quien á la vez puede servirse por medio de una cuerda del silbato de la locomotora. Además, el tren está dotado de un freno moderador al vacío, de acción continua, manejado por el mismo maquinista; y para el caso de que á éste pueda ocurrir cualquier accidente, debe procurarse que el conductor conozca lo bastante el manejo de la máquina y del tren, para poder llevar éste á la estación inmediata.

Del modo que queda expuesto, sólo con dos agentes se hace con perfección y facilidad el servicio de estos pequeños trenes, sin exceso de fatiga y deteniéndose en todas las estaciones, sobre todo, si no llevan más que tres carruajes, porque de llevar cuatro, se necesita el empleo de conductor especial.

El tren normal remolcado pesa próximamente 24 1/2 toneladas comprendiendo 16 asientos de primera, 32 de segunda y 76 de tercera. La máquina en marcha pesa cerca de 25 toneladas, y puede remolcar una carga de 30 toneladas por una rampa de 25 milímetros por metro, con una velocidad de 15 kilómetros por hora.

Industria papelera. — La fabricación de papel adquiere cada día más importancia y adelanta sensiblemente, á consecuencia de las múltiples aplicaciones que reciben sus productos y el gran consumo que de ellos se hace. Se calculan en 3.950 el número de fábricas de papel que hay en el mundo, que dan ocupación á 192.000 jornaleros, y su producción es de 959.000 toneladas de papel de varias materias, de las cuales unas 476.000 toneladas se emplean en la impresión de periódicos, que hacen gran consumo, como por ejemplo, *The Times*, que tira 500.000 ejemplares; *The New-York Herald*, 800.000; *Le Petit Journal*, 70.000; *Le Figaro*, 200.000, etc.

La nación que mayor número de libros imprime es Inglaterra, que publica un libro por cada 1.200 habitantes. Respecto á impresión de libros originales, ocupa el primer lugar Francia, que da á luz un libro por cada 1.600 habitantes, siguiendo luego respectivamente Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Noruega, Polonia, Suecia, Italia, Alemania, Rusia, España, etc.

El papel de hierba adquiere verdadera importancia en el extranjero, siendo en Inglaterra base de una gran industria, importándose unas 400.000 toneladas

anuales de hierba para dicha fabricación. En los Estados-Unidos de América es asombrosa la cantidad de papel que se consume para toda clase de aplicaciones, pues se hacen de él barriles, cajas, ruedas, molduras, alfombras, buques, casas y otro inmenso número de objetos diversos.

En Portugal se hacen ensayos para fabricar papel de la hierba llamada *gallega*, que lo produce flexible, suave, fino, transparente y económico.

Nuevo procedimiento para platear. — Los objetos de metal, según Böttger, pueden platearse fácilmente y con economía, de la siguiente manera:

Después de bien limpio ó desoxidado el objeto que se trata de platear, se sumerge durante unos diez minutos dentro de un baño que contenga tartrato de plata finamente pulverizado, y en suspensión en agua destilada, añadiendo amoníaco hasta que el tartrato se disuelva completamente, á pesar de lo cual, el líquido no desprende olor amoniacal alguno.

Barniz negro para el cobre y la madera. — Se mezclan en un matraz 500 gramos de alcohol metílico y de 90 á 100 gramos de goma laca pulverizada. En otra vasija se disuelven en 500 gramos de bencina 100 gramos de betún en polvo, dejando que se hagan las disoluciones agitando frecuentemente durante tres días, después de pasados los cuales, se reúnen las dos por partes iguales, espesando en seguida con carbón en polvo muy fino.

Para dar mayor fluidez á este barniz, si es que se ha espesado mucho, no hay más que añadirle una mezcla en proporciones iguales de alcohol y de bencina.

Acción de la cal en la germinación de las semillas. — El profesor M. A. de Liebenberg ha presentado á la Academia de Ciencias de Viena la siguiente nota sobre esta cuestión:

Un gran número de plantas exige la presencia de la cal, durante el período de la germinación, para consumir completamente la sustancia que contienen en reserva las semillas. La falta de cal produce la muerte de algunas jóvenes plantas, con las

circunstancias características ya demostradas por M. Bohm en las judías de flor encarnada. En tanto que la cal no llegue del exterior, la cantidad de cal que contienen las semillas de estas plantas determina la medida de su desarrollo. Algunas plantas pueden vivir sin adición de cal, y otras mueren sin ella; en fin, un gran número es favorecido durante la germinación con la adición de todas las sustancias nutritivas minerales. La muerte de las plantas jóvenes por falta de cal, no proviene de la acción nociva de las soluciones desprovistas de cal sobre sus raíces, sino de la falta de una sustancia nutritiva é indispensable. No se ha podido demostrar con certidumbre el papel de la acción de la cal sobre las plantas al germinar.

Barniz para conservar las maderas. — En una vasija de hierro se disuelven 100 partes de borax y 50 de sosa cáustica en 4.000 de agua y se hace hervir, añadiendo 450 de resina laca. Después se agregan 200 partes de ácido fénico.

Para emplear este barniz se calienta ligeramente, y si es necesario se agrega agua hirviendo.

Las maderas se conservan bien sin que les entre la polilla ni crien moho.

Cuero artificial. — Se fabrica en Alemania un cuero artificial, compuesto con los desechos del cuero, mezclado con un 10 por 100 de nervios, y prensado todo de manera que se formen hojas como las del cartón.

Las dos materias se preparan por separado; los trozos de cuero se lavan y cortan y se les hace hervir en una lejía alcalina, desgarrándolos en seguida, neutralizándolos con ácido clorhídrico, y lavándolos, por último, para hacer desaparecer todo vestigio de ácido.

Los nervios se tratan del mismo modo, pero se mantienen en un baño ácido, hasta que alcancen la consistencia de la cola.

Una vez dispuestas las dos materias como queda dicho, se mezclan y se prensan para formar las hojas que hemos indicado, humedeciendo las dos caras de las expresadas hojas con una solución concentrada de alumbre.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

FÁBRICA DE CHOCOLATE DE EDUARDO BASTARDI EN CÁDIZ

PROVEEDORA DE LA REAL CASA

Premiado en varias Exposiciones con Medalla de Plata

COLUMELA, 8 y 10, y MURGUÍA, 50

ESTA CASA CUENTA MÁS DE 50 AÑOS DE EXISTENCIA

Esto es lo bastante para afirmar que la constante práctica que sigue el dueño en la pureza de los géneros que se invierten en su elaboración, es la mejor garantía á confeccionar un alimento tan nutritivo y saludable que no deje que desear á los consumidores de estos exquisitos CHOCOLATES.

Se sirven pedidos para navegaciones.

Se hacen por encargo diversidad de clases, siendo las corrientes con canela, y los homeopáticos, tan recomendados para enfermos y convalecientes.

Café de Puerto-Rico, azúcares y tés de varias clases, garbanzos de Castilla, y otras semillas y otros artículos de superior calidad. Conviene al público aceptar el CHOCOLATE gaditano, por las condiciones higiénicas en que los conservan sus primeras materias.

DOLOR DE ESTÓMAGO

Acedias, digestiones difíciles, vómitos, eructos, inapetencia, debilidad y todas las afecciones del estómago que no procedan de lesión orgánica grave, se curan siempre con el *antigastrálgico* Romeo; único medicamento infalible recomendado por todos los médicos. Multitud de enfermos que pasaron veinte años de continuos sufrimientos y que agotaron sin provecho todos los recursos de la ciencia, acreditan con su curación la eficacia é infalibilidad de este precioso medicamento.

Se vende en píldoras y en polvos en las principales farmacias. Único depósito:

MELCHOR GARCÍA. — Tetuán, 15, Madrid.

AGUA DE SAN LORENZO

con marca de fábrica garantizada por el Gobierno

Cura infaliblemente las llagas y úlceras de cualquier procedencia, las heridas de todas clases, los dolores reumáticos, las contusiones, las jaquecas más rebeldes, las quemaduras y hemorragias, sujetándose para su uso al prospecto que se une á cada frasco. Son muy repetidas las curaciones hechas con este poderoso descubrimiento, que pueden comprobarse. Agradecerán su recomendación los señores viajeros que la adquieran en sustitución del arnica, para combatir varios de los casos citados y que son frecuentes en las expediciones.

Se vende por mayor en casa de D. MELCHOR GARCÍA, TETUÁN, 15, Madrid, y por menor en las principales farmacias de la Península y Ultramar, al precio de TRES PESETAS frasco.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles.	Ciriales.	Diademas.	Navetas.
Candeleros.	Coronas.	Incensarios.	Sacras.
Campanillas.	Cruces.	Lámparas.	Vinajeras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García,
Atocha, 45 y 47, Madrid.

Polvos Antigastrálgicos

contra las afecciones dolorosas del estómago, acedias, digestiones difíciles, vómitos, eructos, etc., preparados por D. P. Romeo, farmacéutico, premiado en la Exposición nacional de 1882. Por mayor, Melchor García; Tetuán, 15, Madrid. Por menor, en las principales farmacias.

SOCIEDAD GENERAL

DE
ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta Sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: calle del Príncipe, 27. MADRID.

Además, y como complemento de la operación, se cubre una de las caras de las hojas con una delgada capa de un betún compuesto de cauchout disuelto en una solución de cloroformo.

Mastic para unir el vidrio con los metales.— Para fijar el vidrio ó el cristal sobre metales, se mezcla litargirio con glicerina, y se remueve hasta que la mezcla adquiera una consistencia muy espesa. Se obtiene así un mastic impenetrable al agua y susceptible de aguantar una temperatura elevada.

Para fijar vidrio con vidrio sirve una mezcla de tres partes de resina y una de cera; pero el mastic así preparado, no resiste al calor.

Un vapor de papel.— Una casa de Lansingburg acaba de terminar la construcción de un vaporcito de papel para una compañía de Pittsburg. Tiene la embarcación veinte pies de largo y asientos para veinte personas. El casco de papel tiene $\frac{3}{8}$ de pulgada de grueso, y es tan duro que no le entró ni aun le causó la menor abolladura una bala de fusil disparada á cuatro pies de distancia.

Dstrucción de las hormigas.— Es medio sencillo, para este objeto, regar los parajes infestados por el insecto, con una decocción de hojas de nogal, que ocasiona su muerte.

Para resguardar los árboles, basta construir á su alrededor un caballete con creta, á cuya sustancia parece que tienen aversión las hormigas, y no la atraviesan.

Sobre el mejoramiento de la raza humana.— Empezar á llamar la atención entre los que se dedican á estudiar las ciencias fisiológicas, morales y políticas, una notable Memoria del doctor José Filippone, publicada en Salerno (Italia), en que para mejorar la

especie humana, pide como medida salvadora del rebajamiento físico que se nota entre los viejos pueblos de Europa, una ley que prescriba los temperamentos y otras circunstancias de los cónyuges para realizar matrimonio.

La Iglesia, con los impedimentos de consanguinidad, había previsto sabiamente, desde hace muchos siglos, algo de lo que ahora propone este ilustrado doctor.

Poleas de hierro ondulado.— Mr. Gubbins, de Londres, ha imaginado un género de poleas de hierro, que presenta en alto grado las condiciones de ligereza y de resistencia.

La llanta nada presenta de particular, componiéndose, como la de las poleas ordinarias, de un hierro plano ligeramente convexo, cuyas extremidades están reunidas por un cubre-juntas.

El centro de la polea es de fundición, y la llanta se une á dicho centro por un nervio ondulado, que constituye el carácter distintivo de la invención, construyéndose de la manera siguiente:

Se toma una chapa de hierro dulce, delgada, de forma rectangular, y se le imprimen sobre todo su largo una serie de ondulaciones más ó menos próximas unas á otras, hecho lo cual, se comprimen las ondulaciones por uno de sus extremos, de forma que quede la plancha como si fuera un abanico de papel á medio plegar, soldando en seguida esta especie de abanico por su parte más estrecha al centro de la polea. Esta soldadura ó junta se hace por medio de metal fusible, colado en una muesca ó garganta previamente practicada al rededor del centro ó cubo de la polea, en cuya muesca se introduce la parte más estrecha del abanico de chapa. La unión de éste con la llanta es muy fácil, pues basta replegar á escuadra las extremidades de las ondulaciones opuestas á las introducidas en el centro de la polea, una hacia un lado y otra hacia otro alternativamente claveteándolos sobre la parte interna de dicha llanta.

Una polea de este género, de 30 centímetros de

diámetro por $\frac{7}{8}$ de ancho en la llanta, no pesa más de 5,60 kilogramos próximamente.

El mismo sistema puede aplicarse á la construcción de ruedas de wagones.

ADVERTENCIA

Con este número termina el tomo VI, comenzado el 5 de Julio de 1882. Dentro de breves días se repartirá el índice y la portada.

Atendiendo al ruego de muchos suscritores que desean ver los anuncios fuera de las páginas del texto, aunque esta es la práctica de todos los periódicos de su clase, desde el nuevo tomo LA ILUSTRACIÓN llevará dos hojas más de portada.

El aumento de gasto que esta mejora nos impone, será, sin duda, compensado con el reciente favor de nuestros amigos.

Dos ruegos debemos hacerles, que recibirán con su acostumbrada benevolencia: el primero, que procuren atraer nuevos suscritores, pues sin una propaganda directa y personal se consigue muy poco en España, y menos en publicaciones católicas, y el segundo, que sean puntuales en el abono de sus suscripciones, ó por lo menos en el aviso de su continuación, para evitarnos gastos y molestias inútiles. Por regla general estimamos más que los suscritores se entiendan directamente con nuestra Administración, que por la rueda, no siempre corriente, de los libreros y corresponsales.

Iguales recomendaciones hacemos para *El Hogar*, cuyo anuncio puede verse más abajo.

El Administrador.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

EL HOGAR

REVISTA DE LABORES, ECONOMÍA DOMÉSTICA Y CORTE DE TRAJES Y DE ROPA BLANCA

Esta Revista, interesantísima para las madres de familia, contiene no sólo estudios de labores y corte de ropa blanca, sino figurines de trajes de moda, decorosos y honestos, de señoras y niños. Satisfará las necesidades del hogar doméstico en punto á las novedades de los trajes, enseñando á las señoras el medio de hacerlos con gusto y economía, sin tener que someterse á los despilfarros, no siempre elegantes, de las modistas en boga.

Saldrá por ahora los días 5 y 25 de cada mes. Los precios de suscripción, extraordinariamente baratos, para las condiciones del periódico y las economías que ha de proporcionar á los suscritores, son las siguientes:

Precios de suscripción para los suscritores á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.—Un año, NUEVE PESETAS; seis meses, CINCO; tres meses, TRES.—Ultramar y Extranjero. Un año, TRES PESOS.

Precios de suscripción para los no suscritores á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.—Un año, DOCE PESETAS; seis meses, SEIS; tres meses, CUATRO.—Ultramar y Extranjero. Un año, CUATRO PESOS.

No se admiten suscripciones por menos tiempo.

Administración, Peligros, 20, segundo. Las suscripciones se pagan adelantadas.

Ayuntamiento de Madrid